



LA ESPAÑA MÉDICA,

IBERIA MÉDICA Y CRÓNICA DE LOS HOSPITALES.

PERIÓDICO OFICIAL

DE LA HOSPITALIDAD DOMICILIARIA Y PROVINCIAL DE MADRID, DE LAS ACADEMIAS MEDICO-QUIRURGICA MATRITENSE Y QUIRURGICA-CESARAUGUSTANA,

DEL CUERPO MÉDICO FORENSE Y DE LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA DE PROFESORES DE CIENCIAS MÉDICAS.

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES.
Los suscritores por un año tienen el derecho de señalar el mes en que han de verificar el pago.
Los números sueltos se venden á DOS rs.

PRECIOS DE SUSCRICION (pago adelantado).			
	MADRID.	PROVINCIAS.	ESTRANJERO.
Un trimestre . . .	12 reales.	Un trimestre . . .	15 reales.
Un semestre . . .	24	Un semestre . . .	30
Un año	48	Un año	60
		Un año	80 reales.
			AMERICA. FILIPINAS.
			Un año. 100 rs. 160

Se suscribe en Madrid en la Redaccion, calle de la Union, 1, tercero de la izq., y en la libreria de Bailly-Bailliere, y C. Moro Compañia. En provincias en casa de los corresponsales ó por carta á la redaccion.

Un acontecimiento de inmensa trascendencia, obliga hoy á *La España Médica* á olvidarse por un momento de los asuntos científicos para acordarse de la PÁTRIA; de esa síntesis de todos los intereses y de todas las glorias de la sociedad humana que constituye una nacion.

En el estado de progreso en que hoy se encuentra España, la gran nacion por excelencia, sus victorias en Africa, y especialmente la toma de Tetuan, que hoy solemniza todo el país, son la mejor prueba de sus fuerzas morales, intelectuales y físicas, y son tambien segura prenda de mayor prosperidad y grandeza.

En nombre de la clase médica española, saludamos la gran fecha histórica de 6 de febrero del año 1860.

En nombre de la clase médica española, felicitamos al heróico ejército de Africa, y muy especialmente á nuestros queridos compañeros de Sanidad militar que forman parte de él, y que con él han compartido tan brillantemente las penalidades y peligros de la empresa.

Loor eterno á la valiente expedicion española en África!

SECCION CIENTIFICA.

MEDICINA Y CIRUJIA.

Inauguracion anual de la Academia de medicina de Madrid.

Hace poco más de un año que la atención del público médico español estaba fija, con singular é inusitado interés, en el discurso leído por el Sr. D. Pedro Mata en la sesión inaugural de la Real Academia de medicina de Madrid.

Fácil es comprender que había de ser poderosa la causa que así estimulaba las inteligencias de una clase que figura entre las más ilustradas de nuestro país.

En efecto; el discurso del Sr. Mata, salía de los límites de lo ordinario, por su doctrina y por sus bellezas. Su aparición produjo en los campos de la antigua y de la moderna escuela una profunda, aunque encontrada, sensación; alarma en el uno, entusiasmo en el otro. Aquel discurso era toda una revolución médica, ataviada con las más ricas vestiduras. Aquel discurso era un verdadero acontecimiento; uno de esos sucesos destinados á figurar en las páginas de la historia científica de una nación. Así lo comprendieron, sin duda, los profesores españoles, al conceder á la *cuestion hipocrática* una importancia superior á la que se había concedido en nuestros días á todas las cuestiones de la ciencia que profesamos.

Con este motivo, la Academia de medicina de Madrid se galvanizó, y tras los largos años en que había yacido olvidada por los profesores españoles, les vió acudir en tropel á su poco antes desierto salón de sesiones. Bien pronto fué este insuficiente para albergar tan crecida como escogida concurrencia, y la Academia tuvo necesidad de demandar al rector de la Universidad Central, el gran salón de actos de la facultad de medicina de Madrid, que tampoco bastaba para que tuvieran un lugar en él todos los que á él acudían.

Gloria ganaba en esto la corporación que así atraía aquella multitud ilustrada; pero habiendo sido aplaudido el Sr. Mata y habiendo dado el público inequívocas muestras de adhesión á las doctrinas sustentadas por este profesor, con lo cual no estaba, sin duda, de acuerdo la mayoría de académicos que asistieron á una sesión privada ulterior, acordó la Academia que sus sesiones científicas fuesen á puerta cerradas en lo sucesivo; cosa que en verdad no nos produjo extrañeza, atendiendo á que la costumbre del silencio hace demasiado susceptibles los oídos, y á que, como es bien sabido, hay todavía en nuestro país muchos recuerdos de un largo silencio.

Por lo demás, si la Academia pudo, con motivo de tal discurso y tal discusión, alcanzar gloria, en general, el Sr. Mata la obtuvo, sin duda, en particular.

Hacemos mención de estas circunstancias, con el objeto de que se comprenda mejor el interés que debía inspirar en el presente año la sesión inaugural de esta Corporación. Interés acrecentado, por el rumor de que concurrirían á ella los señores ministro de la Gobernación y director general de Sanidad.

Efectivamente; contra lo acostumbrado en otros años anteriores, el salón de la Academia llegó, aunque lenta y friamente, á llenarse; concurren bastantes señores académicos, y se hallaban ocupados cuatro ó cinco asientos de los reservados.

La presidencia estaba desempeñada por el señor ministro de la Gobernación; á cuyos lados se veía á los señores director general de Sanidad y rector de la Universidad Central.

Con estos elementos, el acto no podía ser mas serio y solemne; oficialmente hablando, no faltaba nada; pero en cambio no se percibía en las afueras del recinto el rumor de un público entusiasta y numeroso; por el contrario, se veía desierta la prolongada galería que conduce al local de esta Corporación; desierto el vestíbulo, y reinando en una y otro un silencio sepulcral, profundo que desanimaba, no dejando percibir señal alguna de vida.

El escaso público estaba mudo y glacial, en consonancia con lo triste de aquella galería y de aquel vestíbulo. ¡Qué contraste con las sesiones públicas en que el Sr. Mata defendía las doctrinas sustentadas en su célebre discurso inaugural!

Por fin, comenzó el acto, dando el secretario interino de gobierno, Sr. Santero, lectura de un larguísimo discurso dedicado á reseñar los trabajos en que se había ocupado la Academia en el año último.

El Sr. Santero hubiera podido hacer mucho menos largo su trabajo, si se hubiera limitado á su papel de secretario, de narrador frío de los acontecimientos, en lugar de entrometerse á juzgarlos, decidiendo de plano las cuestiones, distribuyendo, de un modo asaz espedito, la palma de la victoria á los académicos defensores de tal ó cual doctrina discutida, y estendiéndose en extrañas consideraciones á favor de determinadas opiniones científicas; cosas todas sobrado irregulares y extemporáneas, en nuestro juicio, por cuanto el secretario de una corporación cualquiera, no puede ser en tales casos mas que un relator y no un juez: el único juez de los trabajos científicos que se dan al público, es el público mismo; no pudiendo admitirse que haya persona ni corporación autorizada para usurpar este derecho; y siendo soberanamente inconveniente que el partidario de una dada doctrina, utilice un momento solemne en que sus pala-

bras llevan un sello oficial, para proclamar como oficialmente, la verdad de una opinión que se halla en litigio. Con esta conducta se menosprecia, á nuestros ojos, el derecho del público y la autoridad del tiempo venidero (que no hay solo la del tiempo pasado), y se traspasa, en todos conceptos, el austero papel de representante de una entidad que acoge á los hombres estudiosos; oye sus doctrinas, pero no censura ni aplaude; deja al público que lo haga; lo deja hacer á la posteridad.

Después, en la forma de verificar el señor Santero este apartamiento del orden regular, hallamos también mucho de inconveniente.

Refiriéndose dicho Sr. secretario al discurso inaugural del año anterior, leído por el Sr. D. Pedro Mata, dijo que había producido un gran efecto en tan sensata y respetable corporación; con lo cual parece como que se quiere dar á entender que aquel discurso debía ser notable por su insensatez é irrespetabilidad, cuando así impresionó á tan sensata y respetable corporación; y si es que no quiso decir esto el Sr. Santero, deploramos la ocurrencia de colocar dichos adjetivos en semejante lugar. Añadió luego, que con ese discurso se pretendía sacudir el yugo de la tradición hipocrática, que forma la historia de la ciencia propiamente dicha, de la medicina clínica, de la medicina de observación; de lo que se deduce que en el discurso del Sr. Mata se atacaba á la medicina propiamente dicha, etc.; cuyo juicio le consideramos notablemente agresivo, aparte de lo que pueda tener de injustificado. El Sr. Santero dijo también, que la Academia sorprendida, comprendió muy luego la suma trascendencia de semejante doctrina, emitida en su propio seno; palabras que obligan á sospechar que la doctrina vertida por el Sr. Mata ha de ser tan atrevida, tan absurda y detestable, que el hecho de enunciarla en el seno mismo de una corporación sensata y respetable, es de suma trascendencia y digno de causar una verdadera sorpresa. Luego consignó dicho Sr. secretario, que un solo académico, el Sr. Ametller, se puso de parte del autor de aquel discurso; con lo cual quedaron igualmente mal parados los Sres. Mata y Ametller, únicos académicos que aparecen en el discurso del Sr. Santero, como sostenedores de tan terribles cosas en el seno mismo de una corporación sensata etc.; por lo que, y juzgando con arreglo á los datos que el Sr. Santero proporciona, el lector ha de deducir que esos dos señores Académicos hubieran hecho muy bien en no serlo, ó por lo menos en guardar su audacia para donde no produjera el escándalo que en la corporación citada. Un poco más lejos hizo observar el Sr. Santero, que, compuesta aquella Academia de médicos versados, y encanecidos algunos, en la práctica de los hospitales, colacados al frente de la enseñanza en las clíni-

cas y acreditados en el ejercicio de la profesión, no podía menos de protestar enérgicamente contra la invasión de teorías físico-químicas, con menosprecio de la fuerza intrínseca de la vida; frases que conducen directamente á la suposición de que el autor del discurso y su defensor Sr. Ametller, no serán Académicos muy versados en la práctica, clínicos, ni acreditados en el ejercicio de la profesión, cuando así menosprecian y desconocen todo eso que los médicos versados, clínicos y acreditados tienen que defender con enérgicas protestas.

Queremos creer que estas cosas, que tenemos por las más inconvenientes de las que el Sr. Santero ha consignado en su discurso, no habrán sido escritas con el censurable propósito que cada una de por sí y todas juntas parecen revelar, sino que serán fruto de la ligereza con que quizá se haya tenido que meditar ese discurso. En este caso es preciso convenir en que el Sr. Santero ha estado demasiado descuidado, al dar ocasión á que se crea que ha escrito con pasión y deseo de herir profundamente y de mala manera.

El Sr. Santero mostró el mayor empeño por dejar sentado que sus propias opiniones, tan calorosamente presentadas, son también las de la Academia; y con este motivo dió conocimiento al público del credo que resume esa doctrina. Dice así:

«Respeto á la autoridad científica erijida sobre la razón y la experiencia, bien interpretada y sancionada por el asentimiento de los siglos, adhesión á la doctrina hipocrática y tradicional, eslabonada en la cadena del tiempo y acrisolada en el buen sentido práctico; reconocimiento de una fuerza intrínseca que preside al desarrollo, armonía, necesidad y conservación de la economía humana, así en el estado normal como en el patológico; adopción de propiedades especiales que prestan á los órganos, preparados en sus condiciones de textura y conformación, la actividad que necesitan bajo un orden regular, que representan las leyes de este movimiento propio, y admisión de relaciones bien establecidas entre los agentes y propiedades de la materia inorgánica con las de la materia viva, para producir el modo de existencia del ser que es objeto del estudio del médico: hé aquí, en resumen, los grandes principios espuestos en esta solemne discusión por los señores Académicos que en ella tomaron la parte mas principal, y profesada de antiguo en este ilustre cuerpo literario.»

No cabe duda de que al ofrecer el Sr. Santero el resumen de sus convicciones médicas, reforzado por una corporación que cuenta en su seno profesores distinguidos; protegido por la solemnidad y oficialidad del acto, y ayudado por el anatema que campea en las frases que hemos comentado rápidamente, ha hecho todo cuanto puede hacerse en favor de una doctrina cualquiera, deslumbrando al oyente é infundiéndole el miedo de ofender elevadas respetabilidades.

Pecaríamos de injustos sino aplaudiéramos la habilidad con que el Sr. Santero ha procedido en esta parte, dirigiéndose de ese modo á la imaginación de su auditorio, ya que no

le fuera tan conveniente el dirigirse á su razón.

Nosotros sabemos que hay en la Academia de medicina de Madrid, muchos profesores de la más elevada distinción, que no profesan las opiniones médicas del señor secretario de gobierno; nosotros ignoramos cómo haya podido creerse autorizado el Sr. Santero para identificar sus doctrinas con las de una Academia que jamás ha tenido doctrina conocida, y á pesar de esto y de que nuestras opiniones no se hallan de acuerdo con la del Sr. Santero, hemos tenido un momento de vacilación en nuestras convicciones, al escuchar las aterradoras aseeraciones de ese profesor; buena prueba de que ha procedido con laudable habilidad al escribir ese discurso, tan censurable, sin embargo, á los ojos de la razón fría y severa.

No son, ciertamente, argumentos las declaraciones; ni la consideración de que siempre se haya pensado de otra manera, ni que piense de este ó del otro modo la mayoría ó minoría de individuos de tal ó cual corporación; ni exponer con aire trascendental y decisivo los principios de una dada doctrina. Los argumentos verdaderos hablan únicamente á la razón, y se fundan en el estudio serio de las propiedades de los hechos y de sus diferencias y semejanzas; único modo de averiguar la verdad de las teorías, de los principios, de las doctrinas.

Por desgracia del vitalismo, el Sr. Santero no ha hecho esto último sino lo primero: no ha probado la verdad de la doctrina hipocrática; la existencia de la fuerza vital; no ha estudiado la naturaleza de las ciencias físico-químicas; se ha contentado con afirmar desdenosamente, que estas no pueden ser sino tributarias de la medicina, y que la doctrina hipocrática, que la fuerza vital, son verdades indudables. Decir esto cuando tanto se ponen en duda esas llamadas verdades, nos parece que es un género de prueba demasiado débil para ocupar un lugar en un trabajo de pretensiones.

Por otra parte, y á decir entera verdad, no hemos llegado á comprender todavía, no ya solo las razones que el Sr. Santero calla, y en las cuales se apoyará para admitir esos principios, sino que ni aun el texto íntegro de ellos nos ha sido dado entender por completo; así, por ejemplo, no sabemos lo que se deberá entender por *buen sentido práctico*, ni por *fuerza intrínseca*, ni por *necesidad de la economía humana*, ni por *adopción de propiedades especiales*, que prestan á los órganos, preparados en sus condiciones de textura y conformación, la actividad que necesitan bajo un orden regular, que representan las leyes de este movimiento propio, ni por *relaciones bien establecidas* entre los agentes y propiedades de la materia inorgánica con las de la materia viva.

Por todo lo cual creemos que el Sr. Santero no debe felicitarse por la estralimitación que ha hecho de sus atribuciones de secretario interino de gobierno, que iba á desempeñar allí.

Concluida la lectura del discurso del señor Santero, comenzó el Sr. Drumen la del suyo, no menos largo y vitalista que aquel.

Estamos convencidos de que el discurso inaugural del Sr. Mata y sus posteriores aclaraciones han producido entre los profesores vitalistas una impresión que está muy lejos de concluir.

En cambio, nosotros concluimos aquí nuestra reseña, dejando para el número inmediato el análisis del discurso del Sr. Drumen; que en prueba de imparcialidad, y en atención á contener doctrina, le publicamos íntegro á continuación:

Como Sr.

Grave y difícil es el desempeño del acto á que me ha llamado hoy el cumplimiento del deber inherente al honor de pertenecer á esta Real Academia de Medicina, para la inauguración de sus trabajos científicos en el año que vamos á empezar. Grave y embarazoso para mí, el compromiso de tener que hablar en público, y sobre todo, ante una corporación que cuenta en su seno personas tan distinguidas, y que tantas pruebas tienen dadas de saber y de ilustración.

Considerad además las dudas que me han asaltado, y la perplejidad en que me he visto al pensar en la gran dificultad de escojer un punto que, al paso que fuera digno de ocupar vuestra atención en este solemne acto, pudiera yo desenvolver con la copia de conocimientos necesarios que se requirieren, y que no trajera á la mente los gloriosos recuerdos de tantos y tan distinguidos compañeros que me han precedido en este sitio.

Puedo, sin embargo, aseguraros que no ha puesto la pluma en mi mano, ni el prurito de ostentar una vana erudición, ni el deseo de singularizarme, ni mucho menos la pueril vanidad de aparecer entre vosotros con pretensiones de innovador ni reformador, pues me declaro desde luego incompetente y vencido ante tan ilimitada ambición.

Seguro de que vuestra benevolencia supera con mucho á vuestra reconocida ilustración, pasaré á ocuparos, por un momento, de un punto que, si no del todo nuevo, se halla por desgracia bastante olvidado, y hasta por algunos tal vez desconocido.

Hablo del *genio de la medicina*; de esta inagotable materia que con tanta erudición como profundo saber, inició una de las lumbreras más resplandecientes de la famosa escuela de Montpellier, el insigne Federico Berard.

Se ha dicho, y con razón, que el verdadero genio de una ciencia es el carácter particular del espíritu que la distingue; el de las facultades intelectuales que pone especialmente en juego; la lógica que inspira y dirige sus operaciones, y en fin, el conjunto de los principios más elevados, que son el punto de partida de donde arrancan sus ideas

adquiridas y las que con el tiempo pueda adquirir.

Todas las ciencias tienen necesariamente su géneo: lo mismo las matemáticas, que las ciencias morales y políticas; las bellas artes, que la elocuencia y la poesía; pero todas ellas le tienen diferente la una de la otra, y dichoso aquel que, profesándolas, sabe inspirarse de él, porque forma la verdadera musa que debe invocar en sus meditaciones y sus detenidos trabajos.

Pero la medicina es, sin duda alguna, la que entre todas las ciencias, humanas tiene un géneo especial más notable y más distinto. La es tan propio, tan característico, que en todos tiempos y en todas épocas se ha visto obligada á defenderse del de las demás ciencias; y por esta razón, toda su historia nos ofrece el espectáculo de continuas y violentas luchas para adquirir y asegurar su independencia, siempre amenazada y muchas veces invadida.

A semejanza de un país cuya independencia con respecto á las naciones vecinas constituye toda su vida social, así la medicina prospera y brilla en la libertad, como se degrada y amengua en la esclavitud.

¿Y cómo podría la medicina dejar de tener su géneo propio, cuando su esencia es especialísima, característica, como el objeto que está destinada á representar con fidelidad?

El objeto de la medicina es el conocimiento del hombre en su estado de salud y en el de enfermedad. En este cuerpo vivo encontramos fenómenos especiales que no tienen relación alguna de identidad ni aun de analogía con sus fenómenos morales, ni tampoco con los físico-químicos que en él se verifican; y como fenómenos distintos suponen y manifiestan fuerzas diversas, leyes especiales de acción... hé aquí por qué agotaremos en vano nuestro ingenio por medio de hipótesis sobre el mundo físico y moral, para venir en conocimiento *á priori* y de una manera satisfactoria, del mundo vivo.

Ni la muerte, ni el laboratorio engendrarán jamás la vida: un abismo insondable los separa; y este abismo no le han podido salvar, ni le salvarán nunca, los médicos físicos, químicos, orgánicos ni anatómicos.

La observación directa é intuitiva del organismo vivo, sano y enfermo, constituye la verdadera ciencia médica. Cualquiera analogía, sea cual fuere; la inducción sacada de todo lo que no sea la vida solamente, puede estraviarla de sus principios fundamentales, impedir toda verdad ulterior, y anonadar la ciencia y su espíritu.

Por esta razón sucede, que fuera de la doctrina franca, absoluta, positiva de las leyes especiales de la vitalidad ó del organismo vivo, solo hay en la ciencia del hombre error y decepción; de la misma suerte que fuera de las leyes físicas y químicas no puede haber ni física ni química.

El espíritu humano no adivina unas ciencias por otras, sino que las recibe en sus bases fundamentales, mediante la observación directa y la contemplación pasiva de las cosas que constituyen sus especiales objetos.

Por esto es la medicina una ciencia autónoma, independiente de las demás ciencias, que existiría por sí sola aunque no hubiera química ni física, como lo prueba el hecho de haberla creado las

necesidades de los pueblos, mucho tiempo antes de que se tuviera conocimiento de las otras.

Los seres vivos y la esencia que los representa; ved aquí su esfera, su dominio, su campo natural, que debe defender contra todas las invasiones extrañas!

La medicina, pues, existe por sí misma: su existencia separada es un hecho incontestable: su absoluta independencia, es un derecho, es una condición de su modo de sér; porque aquello que dá la vida es lo único que puede sostenerla,

Los hombres distinguidos que han honrado nuestro arte, le ilustraron tanto más cuanto más tenían de médicos y menos de otras ciencias; y cuanto que, conociendo profundamente los hechos relativos á la naturaleza viva, así en el estado fisiológico como en el patológico, supieron enlazar íntimamente estos hechos por sus analogías naturales, sin recurrir á conocimientos extraños á la medicina, sirviéndola de esta manera con sus teorías y con la práctica por sus ventajosos resultados.

Hipócrates dijo á todos los filósofos de su tiempo, que el ejercicio de la medicina práctica era el único que podía darnos el verdadero conocimiento de la naturaleza del hombre vivo, y que todo cuanto habían escrito de él las personas extrañas al arte, únicamente podía en todo caso servir á los pintores, porque no habían descrito sino las formas exteriores, así de la salud como de las enfermedades, sin remontarse á las leyes de la una ni de las otras.

Siempre que la enseñanza de la medicina se ha involucrado con la de otras ciencias, ha perdido una parte de su gloria, y todo el sentimiento propio de su dignidad y de su independencia. Las ciencias accesorias son realmente útiles á la medicina, y nadie ha negado hasta ahora las ventajas que la proporcionan como conocimientos auxiliares preparatorios, jamás necesarios en su ciencia; y aunque confesemos su conveniencia, para ayudarla en ciertos casos y para sus adelantamientos, debemos siempre rechazar las pretensiones de avasallarla.

Este espíritu particular, este carácter propio de la medicina, domina todas sus partes, aun aquellas mismas que con justo motivo sacan de su seno nociones y analogías puramente físicas. Así, por ejemplo, la cirugía propiamente dicha, circunscrita á sus verdaderos límites, nos ofrece su parte material y mecánica. La medicina la abraza reconocida, como una parte de la terapéutica; pero siempre con sus ideas propias desde el momento en que se trata de la lesión de órganos vivos y animados, en cuyo caso confunde estos dos órdenes de nociones, como la naturaleza misma, en la mayor parte de las enfermedades, confunde y combina las cualidades físicas ó las condiciones mecánicas con las propiedades vitales.

Preocupaciones injustas y una civilización atrasada y bárbara, habían hecho de la cirugía una ciencia aparte y degradada; pero la medicina la ha elevado al grado de esplendor que en el día ocupa, sacándola de manos de los hombres de limitados y escasos conocimientos que la practicaban; pues, considerándola como uno de los tres ramos de la terapéutica, proclamó que el verdadero cirujano es un médico operador, y que por medio de la medicina y sus doctrinas es como alcanza su gloria, su reputación y sus felices resultados, puesto que

con ella observa las lesiones esternas en tanto que son vitales.

Desde Bichat hasta el presente, nos ofrece la anatomía los más numerosos, brillantes y exactos descubrimientos sobre el material de nuestros órganos: la medicina los contempla con admiración, los estudia y profundiza con el mayor detenimiento é interés, y saca de ellos inmenso partido. Pero cuando el anatomismo pretende añadir á la destrucción de los órganos la explicación de las funciones, haciéndolas derivar en sus bases fundamentales de circunstancias puramente mecánicas, hasta en aquello que se halla colocado fuera del mecanismo de los mismos, la ciencia médica rechaza esta usurpadora ambición, y reclama los derechos imprescriptibles de la observación directa. Le demuestra lo ridículo de sus pretensiones tomadas aisladamente, y le prueba que poco ó nada sabe y vale sin la ayuda de los conocimientos propios.

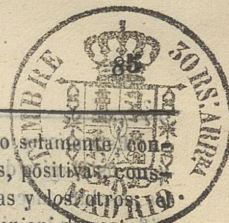
La ciencia médica le enseña que el yerto cadáver no es el hombre vivo y animado; que la vida, aunque desconocida en su esencia, es para nosotros un hecho primitivo más allá del cual debemos humillar la frente, confesando nuestra pequeñez é ignorancia, y que en vano han pretendido algunos hacerla derivar de la organización.

Y si bien es una verdad confirmada que este hecho experimental y todas sus modificaciones deben estudiarse en los órganos, porque no hay vida sin organización, tampoco es menos cierto que no podemos dirigir nuestros estudios y nuestras investigaciones con el único y exclusivo conocimiento anatómico de aquellos.

La anatomía patológica se apodera de los cadáveres de los que han sido víctimas de esta ó de la otra enfermedad, buscando el origen y naturaleza de ella; la intervención del microscopio ha abierto un nuevo campo á las investigaciones de lo que antes solo descubría el escalpelo, y el concurso de los agentes químicos ha venido á completar este método.

La ciencia médica les deja á todos escudriñar ampliamente los caracteres y el curso progresivo de las lesiones patológicas; quiere que este ramo se constituya por sí mismo y con sus propias leyes, á fin de que pueda darnos nociones precisas y exactas sobre estas lesiones; no ignora que semejantes conocimientos han sido el origen fecundo y grande de muchas importantes verdades, y que tal vez nos abrirán aun el camino de nuevos medios para la determinación de las enfermedades, que podrán renovar y perfeccionar una parte de la medicina.

Pero téngase entendido, que estúdiense como se quiera una lesión, ya sea á la simple vista, con el microscopio ó con los agentes químicos, siempre resultará ser una lesión, pero no una enfermedad. Es un síntoma, en el cual es preciso buscar con paciencia y constancia la modificación ó modificaciones que le imprime la enfermedad en que se observa. Y cuando la anatomía patológica pretende explicar, por las solas nociones cadavéricas, la historia entera de una dolencia, de la cual solo conoce la terminación y los resultados, la ciencia médica rechaza el delirio de su orgullo, y le demuestra que ninguna noción tendría de ella *á priori*, si la observación no se la suministrara, puesto que se halla imposibilitada para trazar cuanto ha ocurrido en la enfermedad que precedió.



Solo la medicina es la que se encarga por su parte de hacer la historia que ha recogido con la mayor escrupulosidad; la que interpreta los órganos muertos é inertes considerando los males que han experimentado; y la que, por medio de un concurso de conocimientos reunidos, puede apreciar las relaciones de las lesiones físicas con los desórdenes morbosos.

La muerte no es la que explica la vida, ni aun en sus mayores desórdenes: únicamente la vida es la que da razon de sí misma en todos sus estados. No es al frío y mecánico escalpelo, ni al microscopio, ni á un reactivo al que interroga la ciencia: es en el espíritu de la más rigurosa observación, en la lógica más profunda donde busca las inspiraciones.

Y sinó, oíd lo que dice el célebre fisiólogo Flourens, el fisiologista por excelencia, el hombre que goza hoy dia de más popularidad científica, en su última publicacion sobre la inteligencia y la vida. «De un siglo á esta parte, dice, todas las fisiologías no son más que la repetición de la de Haller, y ya es tiempo de considerar la vida bajo ideas distintas. En mis experimentos sobre el sistema nervioso, el punto capital es la separación de la vida y de la inteligencia, es decir, de las propiedades vitales de las propiedades intelectuales; porque se puede separar el órgano de la inteligencia sin tocar á la vida y dejándola toda entera». Y añade: «no es la materia la que vive; una fuerza vive en la materia, á la cual mueve, agita y renueva sin cesar. El gran secreto de la vida es la permanencia de aquella fuerza, de aquella propiedad, y la continua renovacion de ella materia.» Para el fisiólogo de la talla y de la ortodoxia del Dr. Flourens, hay una proposición que domina la ciencia, á saber: que el hombre es uno, y que esta unidad es el hecho mismo de su alma.

Por lo tanto, la medicina solo dá el valor que le corresponde á la anatomía fisiológica y patológica, tomando la una y la otra en un sentido absoluto, y circunscribe su verdadero dominio para mejor conocer las legítimas relaciones entre las lesiones y los actos morbosos.

Pero toda medicina cuya base sea esencial y fundamentalmente anatómica, toda práctica apoyada únicamente en la alteración de los órganos, por sus principios y su espíritu se opone al génio de la ciencia, y jamás puede ser reconocida por él.

El siglo y la escuela que se dejen influir demasiado por la anatomía, concediéndola un predominio vicioso y contrario á la constitucion misma de la ciencia médica, se pondrá en contradicción abierta con ella, y la sacará de la verdadera vía del progreso y de las mejoras.

La época presente nos ofrece todavía repetidos ejemplos de lo que acabamos de indicar; mas, sin embargo de los grandes descubrimientos de la anatomía patológica, de los importantes servicios que ha hecho á la medicina, y del privilegiado talento de los profesores ilustres que la cultivan, afortunadamente la mayor parte de los prácticos más esclarecidos han renunciado á su exageración, y á la par que admiran aquellos trabajos, se esfuerzan por detener este arranque pretencioso y viciosamente dirigido.

Pasó el tiempo en que se daba tanta importancia á sus estudios, con los cuales pretendieron transformar las cuestiones de anatomía patológica

en cuestiones de etiología, falseando aquella en provecho de los que sentaron el ridículo principio de que la enfermedad era una lesión.

Mas no se crea por esto que pretendamos depreciar y borrar de los estudios médicos la anatomía fisiológica y patológica, en cuyos ramos, desde Willis y Teófilo Bonet hasta nuestros dias, tantos y tan grandes adelantamientos y servicios han hecho algunos á la ciencia, ni tampoco que pueda haber nadie tan dado al absurdo que imagine sostener que el profundo conocimiento de las lesiones sea inútil: únicamente diremos que los ataques dirigidos á la anatomía patológica, y su descrédito entre los médicos pensadores, no se refieren á la ciencia misma, sino á la pretendida identidad de la enfermedad y la lesión; en una palabra, á la anatomía patológica, desviada de su verdadera senda y de su legítimo objeto por los organicistas que han querido sustituirla á la nosografía.

El que no sea más que anatómico, no será nunca nada para la medicina propiamente dicha, y aunque vea delante de sí el camino abierto para esta noble carrera, no podrá penetrar en él sin que se halle fortificado durante largo tiempo con hábitos y reflexiones más profundas; porque sin ellos, aunque sean muy grandes sus conocimientos anatómicos, jamás se elevará á la altura de la ciencia, debilitado como se halla su espíritu por la simplicidad característica de la anatomía.

La medicina tiene asegurado para siempre el triunfo en su lucha con la química y la física; como que, inspirada por su mismo espíritu de independencia, se defiende contra enemigos tanto más temibles cuanto mas unidos están á ella por lazos indisolubles. Y si bien es verdad que los reconoce como auxiliares, los sujeta, sin embargo, siempre á sus leyes. En la actualidad, tal vez se creerán tan fuertes algunos de sus adversarios, que es muy posible vean un acto de rebeldía en esta enérgica reclamación de la soberanía y de la independencia de la ciencia médica.

Pero la medicina tiene sus leyes, y experimenta los mayores estravios desde el momento que se pretende introducir en ella las leyes de otras ciencias, ó cuando menos su espíritu.

Toda ciencia descansa sobre la investigación de las causas, y por consiguiente sobre la relación de las causas con los efectos: así es, que en las ciencias físico-químicas esta relación es directa, necesaria y constante; el hecho más insignificante puede demostrarse, y todos los demás son la repetición del primero y la expresión de la misma ley.

Hé aquí por qué esta ley es de fácil y segura aplicación en todos los detalles del arte; y la causa merece verdaderamente este nombre, porque no puede entenderse sino en una acepción absoluta, y por consiguiente sencilla. Esta causa encierra toda la razón suficiente del efecto, pudiendo ir fácilmente de la una al otro sin temor de equivocarse. La causa es esterna, apreciable por los sentidos, accesible á todos los medios de investigación, susceptible de producirla, separarla y modificarla, segun los deseos del que hace el experimento; de manera, que puede esclarecer y facilitar su determinación general y particular, siendo además en muchos casos el efecto resultado de una sola y única causa.

En medicina, por el contrario, las causas no

son necesarias en su acción, sino solamente contingentes; no hay relaciones fijas, positivas, constantes é invariables entre las unas y las otras; el raciocinio no puede pasar á priori de estas á aquellas de una manera segura; las causas solo son ocasionales, determinantes ó predisponentes. Un efecto resulta siempre de la combinación de causas, cuyas relaciones entre sí varían en toda la extensión de sus diferentes gradaciones; de manera que dicho efecto no se puede sujetar jamás á cálculo. En una palabra, las causas, propiamente hablando, tienen un valor propio diferente de lo que se observa en las ciencias físicas; por cuya razón la etiología médica tiene leyes que en nada se parecen á las de otras ciencias, ni aun á las morales, con las cuales ofrece más analogía.

Si esta parte de la medicina se halla tan imperfecta, si tiene errores y contradicciones, y estos errores y contradicciones parecen inevitables; si para el ojo penetrante del médico filósofo se renuevan aquellos de continuo bajo formas diversas, aun en el fondo mismo de la cosa, depende de que muchos no han comprendido bien las leyes de causalidad propia de los seres vivientes, y de que han tomado de otras ciencias los principios de causalidad.

Todos los dias vemos la prueba de esta verdad en las interminables discusiones que se suscitan sobre tal ó cual dolencia en particular, principalmente sobre los contagios, cuyas causas, entre todas las enfermedades, son seguramente las más sencillas y fáciles de establecer. Pero se raciocina sobre ellas de una manera tan absoluta, tan positiva, como si se tratara de los efectos de la pólvora ó de cualquier otro efecto mecánico. Así pues, no os sorprenderá que, raciocinando de esta suerte, prescindiendo aun del cálculo intersado que forma parte de la cuestión que se pretende sustentar, se niegue todo contagio, bajo cuyo punto de vista debiera negarse la medicina entera.

En el hombre vivo las causas son internas, inapreciables por los sentidos, y únicamente se pueden apreciar á veces por medio de una observación severa, difícil y complicada.

Estas causas son disposiciones interiores que nacen con frecuencia con el mismo organismo, sin que nada directa ni positivamente las revele al exterior, sea en el ejercicio de las funciones fisiológicas, sea en los desórdenes patológicos, sino despues de sus efectos más ó menos lejanos. Así es que, contra el espíritu de la ciencia, y por una primera hipótesis, origen de muchas otras é incompatible con toda sana fisiología, se ha creído por algunos que la vida y su mecanismo eran el resultado necesario de irritaciones ó estimulaciones exteriores. El estudio profundo de sus fenómenos demuestra, por el contrario, que la vida es una fuerza activa; una potencia del organismo, que encierra virtualmente y en germen todos los actos que emanan de ella; y que las causas sensibles externas que parecen producirla, no hacen más que desenvolverla, escitarla ú ocasionarla.

Haller cometió este error fundamental con su doctrina de la irritabilidad; error que con más ó menos variantes se repitió por Cullen, Bichat, Brown, Rasori y Broussais, siendo Barthéz el primero que vió el objeto en su verdadero punto de vista.

Esta misma razon de causalidad entre la accion fisiológica de unos órganos con otros, jamás es absoluta, necesaria, fija y positiva, como se verifica entre las piezas de una máquina.

Con esta manera de raciocinar, tomada de la causalidad física, ha sucedido en patología, al tratar de todas las enfermedades en particular, que se acusa siempre á la accion de causas esternas, ya de las que se encuentran más inmediatas al origen del mal, ya á las últimas que han obrado; mientras que la observacion razonada tiende á demostrar que la mayor parte de las dolencias dependen de disposiciones profundas, muchas veces imposibles de hacer desaparecer de los organismos, ora constitucionales, ora adquiridas por largo tiempo y como efecto de causas anteriores, que han obrado muy de antemano.

Lo cierto es, que mientras se interpreten los hechos por el espíritu de causalidad de las ciencias físicas; mientras estas cuestiones se hallen en manos de los anatómicos y de los químicos y no se diluciden por los verdaderos médicos; mientras se lleven ante un tribunal incompetente, podrá esperarse y raciocinar por largos siglos, pero nunca se verá más claro el objeto; por esto se refieren constantemente las mismas circunstancias en la enumeracion de las causas de las enfermedades, aun las más opuestas por su naturaleza; lo cual debia demostrar hasta la evidencia que estas pretendidas causas no son las verdaderas y efectivas.

Echad sinó una rápida ojeada sobre los cuadros etiológicos que encierran las nosografías, y recorred el largo catálogo de circunstancias que se describen para la produccion de la mayor parte de las entidades morbosas: en todas encontrareis el propio error; y hasta el mismo Broussais, con su perspicacia é inagotable talento, no vaciló en referir á causas esternas y actuales, lo mismo en la produccion de enfermedades periódicas, que en la formacion de las diátesis, y en la mayor parte de las afecciones morbosas.

Los caracteres exteriores de los objetos de que se ocupan las ciencias físicas son numerosos, fijos, necesarios, siempre iguales, y por consiguiente se pueden determinar y distinguir de una manera exacta; como por ejemplo, una planta, un animal, considerado como un objeto de historia natural, conserva siempre los mismos signos distintivos. Pero ¿dónde está en medicina, señores, dónde se halla esta relacion constante, necesaria entre los fenómenos exteriores de las cosas, entre los síntomas y las enfermedades mismas ó los estados morbosos y las modificaciones ocultas que por sí solas las constituyen, de manera que podamos conocerlas de un modo tan directo, tan simple, tan fácil como los objetos de las ciencias físicas ó de historia natural? ¿No vemos, por ventura, á cada paso, que faltan los síntomas más significativos de una enfermedad, mientras que los más insólitos, los más opuestos á los comunes y ordinarios de ella la ocultan y producen un cambio completo en su terminacion?

De esta manera es como se ha dado al problema una simplicidad ficticia por los nosógrafos, deduciendo soluciones las más engañosas, y privando con ello á la ciencia de los recursos naturales del cálculo hábil y elevado, que se sirve libremente de todos los datos de diagnóstico, adquiriendo

un verdadero valor por medio de la observacion esmerada y de una lógica profunda.

De este mismo error participan muchas de las obras que en la actualidad se publican; porque, sin llamar en su auxilio al génio médico, se quieren servir de la anatomía patológica ó de la química aplicada á esta última, para la determinacion de las enfermedades.

Se puede decir, sin temor de equivocarse, que la esencia del diagnóstico, tal cual se presenta en la mayor parte de las publicaciones de este género es del todo incierta, porque se le pretende dar una seguridad que le niega la naturaleza misma del objeto, porque se la separa de la que le es propia y característica.

Hé aquí cómo solo encuentran los prácticos cuadros de fantasia en un gran número de las descripciones de los estados patológicos, por otra parte tan preconizados y tan ampulosamente escritos por los sistemáticos.

La misma inconstancia se advierte en el estudio de la accion de los modificadores del organismo sano ó enfermo; estudio que constituye la higiene y la terapéutica. Los efectos de los modificadores dependen siempre de la sensibilidad del organismo, y solo al traves de ella y por ella, es como obran, no siendo jamás su accion otra cosa que lo que aquella determina. Todas las variedades, todas las anomalias y caprichos del carácter moral, son muy poca cosa ó nada en comparacion de las variedades infinitas, y aun de las extravagancias que en ocasiones ofrece la sensibilidad vital.

Así es como, en algunas ocasiones, produce la fuerza vital, por sí misma, una reaccion contra la enfermedad y contra el medicamento administrado; porque puede éste producir ó ocasionar efectos diametralmente opuestos á su naturaleza general, ó á lo menos á sus resultados más comunes. Un mismo medicamento puede afectar la sensibilidad por medio de diferentes facultades del organismo, obrar por una ó por otra impresion, y determinar de esta manera afectos diversos y contrarios.

Todas estas leyes de accion demuestran lo más comun y fundamental de la terapéutica; ley que todo práctico reconoce, por más que haya sido de algunos olvidada, á saber: que no existe sustancia alguna medicamentosa que no pueda producir de una manera directa, efectos diametralmente opuestos, según la diferente disposicion del organismo.

Así vemos que los debilitantes directos, tales como el frio, las evacuaciones de sangre, etc., pueden activar el juego de las funciones por medio de la reaccion vital que provocan, ó de una manera inmediata por el desórden que evitan ó la impresion perturbadora que determinan. Por el contrario, los irritantes, los estimulantes más enérgicos, se hacen contra-estimulantes de una manera directa, en ciertos casos, como lo ha demostrado evidentemente los trabajos de Rassozi y de Tomasini.

Por esta razon los tónicos muy violentos y desproporcionados á la actual sensibilidad del individuo, pueden agotar rápidamente la excitabilidad, ó debilitar de una manera directa é instantánea, por medio de la perturbacion que producen. Además, los medicamentos no obran solo aumentando ó disminuyendo las propiedades vitales ó atacando directamente y por una especie de oposicion á las

modificaciones morbosas del organismo que constituyen las enfermedades, sino que obran tambien por otra impresion diversa. ¿Y quién puede calcular todas las modificaciones y todos los efectos de esta impresion específica?

De ahí nace el vicio de estas fórmulas generales, de estas arbitrarias clasificaciones, en las cuales se han arreglado y mutilado violentamente las variadas acciones de los medicamentos; todo por quererlas atribuir una necesidad de accion sacada del estudio de las ciencias físico-químicas, y estraña á la ciencia de los seres orgánicos.

Si los tratados generales de terapéutica no satisfacen lo bastante las necesidades de la medicina práctica, es porque no se hallan fundados en su espíritu y en su génio, sino según el génio y el espíritu de las ciencias físico-químicas.

De ahí se deduce que la medicina tiene un génio propio y característico, y que un físico ó un químico que pretendiera ser médico por los mismos principios que le han guiado en aquellas ciencias, sería el peor de los médicos, el más peligroso, cualquiera que fuera por otra parte el fondo de conocimientos que poseyese acerca del material de la medicina. Seria un médico tan absurdo, como el físico ó químico ridículo, si pretendiera trasportar los principios y el espíritu de las ciencias médicas á la física ó á la química.

Sin embargo, la medicina tiene una certidumbre propia y peculiar, pero que importa mucho distinguir de la que es inherente á otras ciencias de órden diverso. Esta certidumbre es grande, inconcusa en muchos casos, de probabilidad en otros, aunque no sea de evidencia matemática; porque la medicina se apoya sobre el cálculo de probabilidades sacadas de los numerosos y variados datos experimentales susceptibles de enlazarse entre sí en todas las relaciones, en todos los grados y analogías posibles. La solucion de sus problemas jamás ofrece la precision que se pretende exigir en las ciencias físicas ó matemáticas, las cuales descansan sobre datos simples, constantes, casi siempre los mismos y en el mismo estado. No puede por lo tanto sujetarse, como algunos que se precian de reformadores pretenden, al rigorismo del cálculo; y bajo este concepto, así Zimmerman, como Barthez, Cabanis y otros distinguidos profesores, dijeron que tiene la mayor analogía con la ciencia del gobierno y con el arte militar, que tienen que ser tan variables como las circunstancias y puntos á que deben aplicarse.

Mas, el que por estarazon, y porque no tiene una certidumbre matemática, creyera que la medicina es del todo incierta, daría una prueba solemne de su ignorancia en punto á los diversos grados de certeza y á la lógica de las ciencias; porque cada una de estas tiene la suya propia, oriunda de la naturaleza misma de su objeto. Las ciencias son la representacion fiel y pasiva de la misma naturaleza, que, según las condiciones del espíritu humano que las recibe, pueden fácilmente ser alteradas cuando carecemos del exacto conocimiento de su fuerza y de su debilidad, así como de su estension y de sus límites.

La medicina apareceria desde luego incierta, y perderia toda su garantía, en el momento que se pretendiera quitarla en ciertos casos esa certidumbre de probabilidad que le es propia, queriéndola atribuir una certidumbre matemática entera-

mente estraña á ella; porque en este caso habrán de cambiarse los resultados de la observacion y de la esperiencia. Tiene sus bases demostrables por estos medios; y reglas bastante seguras para hacer de ellas las oportunas y convenientes aplicaciones cuando saben comprenderse y emplearse; de otro modo no podrian existir ni la ciencia ni el arte.

No falta quien pretende en el dia dar al diagnóstico de las enfermedades una certidumbre mayor, insistiendo con preferencia sobre los síntomas puramente físico-químicos de los estados morbosos. Bajo cierto punto de vista, este adelantamiento, esta perfeccion es legítima, y en nada se opone á los principios que acabamos de establecer; mas es preciso no dar una estension exagerada á estas importantes verdades, ni estrellármolos con ellas para sustituirlas á la parte de síntomas únicamente vitales ó funcionales de las enfermedades.

La medicina tiene su lógica, y la observacion y la esperiencia, sobre cuyos fundamentos se apoya, exigen otras garantías que las reclamadas por las ciencias físicas y químicas. En estas versan la observacion y la esperiencia sobre objetos que nos podemos procurar á medida de nuestro deseo; y cuando queremos repetirlos, á fin de asegurarnos más y más de sus resultados, podemos hacerlo hasta en los momentos mismos en que la imaginacion se halla poseída de las ideas necesarias para conocerlos en su verdadero punto de vista y en toda su fecundidad.

Las observaciones en medicina son, por el contrario, más ó menos raras y escasas; no podemos producirlas segun nuestra voluntad, ni siempre estamos en disposicion de aprovecharnos de ellas, y cuando se presentan, tampoco se ofrecen siempre á observadores capaces de sacar partido de ellas. *Ocasio præceps*, dijo el padre de la medicina en un admirable aforismo, trazando de un solo rasgo, con su grande penetracion, las condiciones y el génio del arte.

Los experimentos físico-químicos son tan fáciles de apreciar como susceptibles de ser modificados, separados ó aumentados; mientras que los experimentos médicos son muy complicados, muy variables en sus resultados, versátiles tambien por su naturaleza y por circunstancias estrañas, muy difíciles por una parte de conocer, y mas por otra de separar; y variables; por último, hasta el infinito por la influencia simple ó combinada de estas mismas circunstancias, que se pueden complicar en todos sentidos.

Los experimentos físico-químicos son tan sencillos, que en un muy corto espacio de tiempo nos aseguramos de su certeza. Un químico, por ejemplo, descompone una sal, y con la mayor rapidez se repite el experimento en todos los ángulos del mundo científico.

En medicina son tan difíciles, tan poco seguros; es tan fácil que se deslice el error en ellos, que solo el tiempo, y un tiempo muy dilatado, puede garantizar sus resultados. Por lo tanto, los experimentos terapéuticos no tienen un valor verdadero hasta que han sido repetidos un número prodigioso de veces por infinidad de observadores de principios diferentes, y durante muchos años. ¿No vemos todos los dias anunciar un nuevo medicamento con los más pomposos y brillantes resultados, y caer al poco tiempo en el más profundo

olvido? Y todo por falta de aquellas indispensables condiciones que los ponen á cubierto del error; condiciones que han hecho trascurrir más de un siglo para saber á qué atenernos respecto á la accion de la quina, del mercurio y de otros medicamentos heróicos. ¿Y acaso los más de estos enfáticos experimentos y descubrimientos diarios, prueban otra cosa sino es las variaciones y contradicciones de los mismos observadores, y la plena confirmacion de lo que con tanta oportunidad dijo el grande Hipócrates: «*experientia fallax*?»

¿Y qué diremos del raciocinio ó de la teoría de las funciones, tan difícil, tan complexa, y en donde el error se introduce con tanta facilidad? Muchas teorías podemos sentar que son falsas, porque sus autores han desconocido el carácter esencial que debe distinguirlas.

La lógica de la medicina es grande, y se compone de reglas generales y de escepciones que alcanzan á las individualidades y especialidades, que únicamente un gran tacto, el gusto del buen sentido y el génio, pueden alcanzar por medio de un cierto instinto ó de la cosaumbre lógica, en razon á que carece del carácter simple y fácil de la lógica de las ciencias físicas.

Y no se crea que hay hipérbole ni exageracion en esto; porque el célebre Sydenham, que poseia el génio médico de que hablamos, en el mayor grado de perfeccion, dijo: «que la ciencia de la medicina era superior á una capacidad común, y que se necesita mas génio para abrazarla en su conjunto, que cuanto puede enseñar la filosofía.» Y añadía luego: «las operaciones de la naturaleza, sobre la observacion de las cuales está fundada la verdadera práctica, exigen, para discernirlas con la precision que requieren, mas genio y penetracion que ninguna otra ciencia fundada sobre una hipótesis la mas probable.»

Sin embargo, el médico debe conocer todos los métodos filosóficos, á fin de acomodarlos á las necesidades de la ciencia de curar y á sus elevadas meditaciones. Así lo hicieron todos nuestros clásicos, desde Hipócrates hasta el presente; porque reconocieron que trataban de una ciencia enteramente práctica y mucho más difícil que las demás; porque tuvieron la conviccion de que los métodos mejor inventados eran demasiado generales, vagos é indeterminados para dirigir las operaciones mas vulgares del génio médico.

Este génio debe ir estrechamente unido al conocimiento de nuestras facultades y al del objeto que trata de penetrar. Debe saber hasta dónde pueden alcanzar estas facultades en dicho conocimiento; cuál es el punto de vista á que pueden llegar, y cuáles son, por fin, sus límites. No trata de resolver cuestiones insolubles, sino de constituir la ciencia sobre las verdades emanadas de la observacion. No piensa en investigar cuál es la esencia de la vida, la de las enfermedades y la de la accion de los medicamentos, porque tiene el convencimiento íntimo de que la organizacion no explica la vida.

La lógica médica no consiste en una simple descripcion de los fenómenos, como ha querido suponer cierta doctrina, que para simplificar la medicina la destruye; y el que no sale de los fenómenos para elevarse á las funciones de la vida y á las modificaciones profundas que aquellos suponen, así en las fisiológicas como en las patológicas

y terapéuticas, jamás penetrará en el fondo de la ciencia, y solo la conocerá por su superficie, sin alcanzar el espíritu de ella ni el génio del arte.

La vida y sus modificaciones, cuyo estudio constituye la ciencia de la medicina entera, solo puede poseerse por medio del espíritu de observacion, conducido con habilidad, y caminando con paso seguro por la vía de los fenómenos á las fuerzas, de los efectos á las causas, de los caracteres exteriores á las modificaciones internas las mas ocultas.

Y aun cuando esto, que es la verdadera medicina, pretendan algunos calificarlo de mera abstraccion; aun cuando todos los médicos estraviados por una filosofía del todo fenomenal, no quieran ver enfermedades fuera del material de los órganos y de los fenómenos tangibles, la observacion y la esperiencia, los dejan burlados diariamente, así á la cabecera del enfermo, como en el anfiteatro anatómico.

Sin embargo, estas preocupaciones van pasando como una sombra; porque son el resultado de opiniones estrañas é hijas de una filosofía errónea, y están próximas á desaparecer por completo.

Lo mismo que algunos tratan en el dia de establecer, se ha verificado en otras ocasiones, aunque bajo diversas formas; pero la escuela de Coos ha sobrevivido á todas las revoluciones, como sobrevivirá impertérrita en lo sucesivo.

En las demás ciencias pueden definirse los términos de que se sirven, y emplearse con precision y exactitud; pero, como en medicina no son constantes sus elementos ni esencialmente necesarios, las palabras mismas no pueden tener una severa definicion. Y esta es otra circunstancia por la cual se distingue de las demás ciencias, así por su naturaleza, como por su forma científica, cuya forma depende de la índole propia de su objeto. La medicina no está hecha para la simple teoría, ni para balagar las elucubraciones de la ciencia, ni las facultades meditativas del espíritu: la medicina debe aplicarse continuamente al hombre, á la vida, á la salud, es decir, á lo que tiene aquel de más importante y precioso. Hé ahí por qué semejante objeto y semejante resultado exigen la mayor garantía posible en las operaciones lógicas.

Esta garantía solamente se halla en la aplicacion de los principios más conformes con la esperiencia; pero no en otros distintos, tales como los ofrecen las teorías generales.

El vicio fundamental de todos los sistemas médicos, consiste en la imposibilidad en que se hallan de enlazar las especialidades fisiológicas, patológicas y terapéuticas por medio de sus principios generales; porque estos principios son tan vagos, que todas las especialidades, ó sea la ciencia misma, se les escapan por completo.

Por esta razon, la ciencia médica, en lugar de reconocer tan solo una teoría, es un conjunto de teorías particulares unidas por un lazo común, cual es la observacion directa, la vida y sus leyes, que forman su objeto, como lo reconoció Hipócrates.

Pero despues de establecidos los cimientos por el padre de la medicina, orgullosos algunos con sus primeras adquisiciones, quisieron reducirla á un solo sistema, y no solamente se ocuparon por espacio de siglos de esta pretenciosa ambicion, queriéndola asimilar á las demás ciencias, sino que

continúan todavía algunos con esta funesta manía sin calcular sus aciagos resultados. Sin embargo, no faltaron hombres de recto juicio y de profunda erudición que reconociendo semejantes extravíos; salvaron la medicina en el empirismo; mas esta posición se hacía cada vez más difícil á medida que se aumentaba el número de hechos y que se iba vigorizando la lógica médica.

El génio médico encuentra el modo de constituir la ciencia de manera que se concluyan las largas é interminables disputas del dogmatismo y del empirismo; por cuanto sabe apreciar con imparcialidad las ventajas y los inconvenientes de cada uno de ellos, y unirlos por sus verdaderas relaciones.

Esto demuestra evidentemente que ni la medicina puede tener de ninguna manera una unidad sistemática abusiva, ni se pueden aplicar de un modo esclusivo las leyes de las demás ciencias para el conocimiento de los actos fisiológicos, patológicos y terapéuticos.

Es tan vasta en sí misma; se compone de detalles de observación tan numerosos, tan variados é impropios para entlazarse en un orden sistemático, que no solo lo rechaza el espíritu, sino que no pueden ser el resultado de los esfuerzos de un solo hombre, ni aun de un siglo, para encerrarla en un cuadro dogmático, por estenso y completo que sea en sí mismo.

El génio médico debe necesariamente abrazar los trabajos de todos los tiempos; y por esto la erudición en medicina, que consiste en la lectura de las obras originales de los grandes observadores, no es de puro lujo, como en otras ciencias, sino que es una condición de la ciencia misma.

No ha faltado quien haya significado á la juventud que con el estudio de algunas obras modernas podía llenar el vacío de su ignorancia, y llegar á colocarse ellas á la altura necesaria; creyendo que la medicina es susceptible como las otras, por medio de un raciocinio coordinado, de poder encerrar en una obra dogmática todos los trabajos anteriores, á la manera como la química de Tennard ó la física de Biot, conteniendo las verdades conocidas cuando se publicaron, pueden dispensar la lectura de la química de Sthal ó la dióptrica de Descartes, para ser buen químico ó buen físico. Efectivamente, estas obras solo pueden llamar la atención á los que se ocupan de la historia de la ciencia; pero en medicina es necesario el conocimiento de los clásicos para inspirarse del génio inventor de nuestro arte, y no se puede ser buen médico sin haber leído y meditado profundamente á Hipócrates, Sydenham y Sthal, como no se puede ser buen poeta sin conocer á Homero, Virgilio y Calderon; ni gran orador sin haber estudiado á Demóstenes, Ciceron y Bossuet.

Y no basta conocer á la letra dichas inmortales obras; es preciso penetrarse de su espíritu, de su génio; porque el génio médico se aprende menos por preceptos que por imitación y mediante un contagio inspirador, como el génio de las bellas artes y de la elocuencia.

Un arte que en la mayor parte de sus operaciones se escapa á las reglas positivas, no tiene más recurso que acudir á la poderosa influencia de los grandes modelos, y evocar el alma que respira en aquellas obras admirables.

Por último, el génio médico, penetrado siempre de la inmensidad de la ciencia, combina dos espe-

cies de ideas, que por otra parte parecen incompatibles: el espíritu de innovacion y de perfeccion, con el de conservacion de las verdades adquiridas. Esta asociacion es más fácil en las otras ciencias, porque sus progresos son mucho más rápidos, mejor desahogados y más cluyentes; su garantía más cierta y apreciable, y su esperiencia más pronta y segura, así como con más robusto su raciocinio.

Nada, por el contrario, es más difícil para el médico, que reconocer una verdad incompleta, perdida entre multitud de errores y exageraciones. Nada hay más temible en medicina que el deseo desenfrenado de innovar y de perfeccionarlo todo; y tampoco hay nada más difícil que dirigir el espíritu de perfeccion y mantenerle en armonia con el espíritu de conservacion.

Tal es la profunda habilidad que debe desplegar el médico poseido de génio della ciencia; cuyo génio cultivará asiduamente, á imitacion de los grandes hombres de todos los países y de todas las edades, y sin el cual ni la medicina ocupará el lugar que como ciencia la corresponde, ni los que la profesan alcanzarán la posición á que por sus largos y profundos estudios se hacen acreedores.

HE DICHO

Importancia de la higiene y necesidad de generalizar sus preceptos.

(Continuacion.)

Segun las leyes de Licurgo, el que venia al mundo sin los signos de buena conformacion y robustez, era despeñado desde las rocas del Taigeto. Los niños al nacer eran sumergidos en el agua fria de los rios, como en los pueblos salvajes se acostumbra todavía; habituábaseles á dormir en el suelo, á no quejarse nunca, y á los siete años eran arrancados del hogar paterno para entregarlos á los maestros públicos como hijos de la patria. ¡Educacion fiera que, despertando y robusteciendo el amor patrio, debilitaba la naturaleza y los sentimientos generosos del alma!

A los doce años, despues de un rudo aprendizaje, endurecian su cuerpo y su corazon con ejercicios violentos: escuela preparatoria de los combates sangrientos, y término de la educacion de aquellos pueblos esencialmente guerreros. Los lacedemonios, que no buscaban el placer en el baño, sino la limpieza y el vigor, descuidaron la construccion de estos establecimientos y se bañaban en las aguas del Eurotas.

Si hemos de juzgar de la higiene de los persas, por lo que nos dicen Jenofonte en su Ciropedia y los médicos que lo han copiado sin exámen y escrupulosa crítica, tenia muchos puntos de contacto con la de Esparta. Pero el autor de las Helénicas se propuso, á mi entender, presentar á sus conciudadanos un bello contraste de sus costumbres en dicha novela histórica, ó describir las de la tribu de los

pasagardos, que era la nobleza del país, porque gimiendo los persas en el despotismo asiático, eran serviles, afeminados, y se abandonaban á los excesos de la comida y del vino. Mal cuadran los elogios de la Ciropedia á un pueblo tan corrompido y entregado al lujo, y del cual hemos importado las modas de las literas, de los quitasoles, y de otros objetos de comodidad.

Esta opinion queda más robustecida con el testimonio que he referido de Herodoto, hablando de los cráneos de los persas y de los egipcios. El general Ferrier, que ha mandado mucho tiempo en Persia, se explica de la manera siguiente, en una carta que he leído en un periódico de literatura: «Los persas aman mucho el lujo y el reposo: el mayor número de ellos vive en el ocio, á espensas de la parte más pequeña y pobre de la poblacion. Este uso no es reciente en ese país, sino que por el contrario parece haberse practicado desde hace muchos siglos.»

He creído deber consignar estos hechos, porque he visto reproducida en varios escritos la apología que Jenofonte hace de esta nacion. Lo que sí nos dice Platon es: que los hijos de los reyes eran confiados á los eunucos á la edad de siete años, para que sus maestros los instruyesen en los ejercicios gimnásticos, en la virtud y en la ciencia del gobierno.

Roma, pueblo gigante, ciudad eterna, que desde la humildad de su cuna, mecida por una horda del malhechores y descontentos, se elevó al imperio y dominacion del mundo, nos dá tambien en su primitiva y robusta organizacion social, y aun despues de enervada por el lujo y la corrupcion, testimonios irrecusables de su atenta predileccion por la higiene. Reinaba en tiempo de la república la sencillez y frugalidad hasta en las familias más ricas, y la historia no ha olvidado á Cincinato, abandonando los haces consulares para tomar de nuevo el arado, y á Curio Dentato, que recibió á los samnitas comiendo habas mal condimentadas en un plato de barro toscó.

Pueblo agrícola y guerrero, sus costumbres estaban en relacion con sus ocupaciones. La gimnástica llegó entre los romanos á un grado de perfeccion sorprendente, degenerando despues en las luchas barbaras del circo, de los gladiadores y del pugilato. Se crearon fondos para el ornato y aseo de la poblacion, para surtirla abundantemente de aguas, y todos los ramos de higiene pública estaban encomendados á los ediles, empleados plebeyos y auxiliares de los tribunales.

Los romanos atribuan á los baños una virtud eficaz para prolongar la vida y conservar la salud, y antes que se establecieron dentro de la ciudad se bañaban en el Tiber. Dicese que Mecenas mandó construir el primer baño público en Roma, llegando á multiplicarse

después de un modo tan prodigioso, que Agripa solamente hizo edificar 170 para el pueblo. No admira tanto el número casi fabuloso de estos establecimientos, como la suntuosa magnificencia de su construcción, que todavía se echa de ver en las derruidas termas de los emperadores Tito, Caracalla y Diocleciano. Afirman varios historiadores que en algunas podían bañarse á un tiempo mas de ocho mil personas.

Prescindiendo de otras obras no menos colosales, cuyo estudio pertenece al artista, sirven á nuestro intento los famosos acueductos y las excelentes vías militares para trasladarse las tropas con mas comodidad y presteza de unas á otras provincias del imperio. Estas y las demás precauciones en favor de la salud y disciplina del soldado, debieron influir mucho en que los ejércitos romanos no se viesan diezmadados por enfermedades epidémicas frecuentes, á pesar de sus continuas y lejanas expediciones.

Los árabes tenían con los israelitas un origen común en la persona de Abraham, y recibieron con su religion iguales costumbres y tradiciones. No practicaban la circuncisión al nacer, sino en una época más adelantada de la vida; y Mahoma, al fijar en el Corán las abluciones, la prohibición de la carne de cerdo, del vino y de los licores, no hizo mas que imprimir una sanción legislativa y divina á lo que estaba prescrito por la costumbre. No obstante, poco ó nada se encuentra en la ley del Profeta que interese á la higiene pública, á escepción de los baños, en los que el lujo oriental desplegó su esquisito gusto y su afición á los deleites, no siendo los menos dignos de admiración los que construyeron los árabes en nuestra península.

Esta rápida ojeada sobre los pueblos antiguos es la mejor prueba de la predilección con que miraron sus legisladores los preceptos higiénicos, aunque descollando sobre los demás los relativos á la gimnástica, á los baños y al régimen alimenticio. Consérvase el poderío de las naciones, la robustez y hermosura de las razas y el vigor y la salud del individuo, mientras la higiene forma la base principal de la educación y de las costumbres; y por el contrario, arruínanse los estados y se enervan los ciudadanos á medida que aquella ciencia es sustituida por la corrupción y el vicio. La Grecia, deificando á la salud, floreció, estendió su poder y dominó con la virtud y la ciencia: relajando sus hábitos de sobriedad y templanza, afeminándose con los placeres y entregándose á los excesos más vergonzosos, se aniquiló en luchas intestinas y quedó sujeta al yugo extranjero. Otro tanto aconteció á la indomable Esparta y á la belicosa Roma, cuyo poder estaba cimentado en la austeridad y rigidez de su organización so-

cial, y en la moralidad y buena dirección de los hábitos de la vida privada.

La educación física, tan universalmente descuidada, la investigación de las causas de insalubridad de los pueblos, y las medidas que deben adoptarse para destruirlas ó contener sus estragos, han de formar el objeto preferente, y ocupar la atención de los gobiernos civilizados; porque en ello va no solo el bien del ciudadano, sino la prosperidad y el engrandecimiento de las naciones. Además del interés de la humanidad, militan razones poderosas de alta política y de importancia social reconocida, para que no se desatienda la salud pública; pues sin este elemento constitutivo de la sociedad se carecería de ciudadanos robustos para los trabajos industriales, las faenas agrícolas, las fatigas de la guerra y el progreso de las ciencias.

La medida de la prosperidad de un estado se encuentra en los grados de felicidad que disfrutan los individuos que lo componen. ¿Y qué felicidad, qué alegría, qué patriotismo ni energía moral puede hallarse, donde falta la salud de las empresas atrevidas? Así es que bien pueden calcularse la civilización y los adelantos en las ciencias físicas, morales y políticas de una nación, por el estado en que se encuentre la salud pública, siempre en armonía con la educación individual y con la solitud del gobierno en plantear y llevar á debido término las mejoras morales y materiales que surgen del estudio y conocimiento de la medicina administrativa. Tal debió ser el convencimiento de Platon, cuando aseguraba que *podía conocerse si la educación de un pueblo estaba abandonada, por la necesidad de médicos y de jueces.*

En vano se esforzarán los gobiernos en dar más ensanche á los derechos políticos, ó en fomentar los intereses materiales de los pueblos. A pesar de estas reformas que el espíritu público conquista, ó que los sábios gobernantes introducen, la sociedad se agita en continuo y turbulento desasosiego; porque estos bienes que se la conceden no subsanan los males que la devoran, y las ilusorias esperanzas que concibe se desvanecen ante la triste y deseconsoladora realidad de sus padecimientos progresivos. ¿Dónde está, pues, el mal, y cuál es el camino del bien? El mal nace del estado lastimoso, de la abyección y abandono de las masas; y el bien ha de surgir de una educación general, que creando buenas costumbres, moralice al pueblo y uniforme el espíritu nacional. «¿Qué es en efecto, dice Mr. de Villeneuve, un obrero sin instrucción, sin probidad, sin buenas costumbres, sino una máquina bruta, sometida á necesidades que tiene que satisfacer incesantemente, y que subsisten aun cuando permanezca ociosa, ó se haya imposibilitado para todo?»

En el obrero ignorante é inmoral, apágase muy pronto la inteligencia, falta de excitación y de ejercicio, y todo termina, reduciéndolo á la vegetación de la vida física. Sin prevision para mañana, consume en la taberna y en los sitios de disolución las módicas ganancias del día ó de la semana. Si se casa, obedece ciegamente á un instinto brutal y desordenado, y si tiene familia la desprecia ó abandona como una carga insoportable. Obligado á los trabajos sedentarios, y algunas veces excesivos, debilitanse desde luego sus fuerzas, que su destemplanza contribuye también á agotar, y una vejez prematura le priva de trabajo, y por consiguiente de subsistencia; y entonces si no lo acoge un hospicio, si no lo atisva la caridad, no le quedan otros ni más recursos que la mendicidad, el crimen ó la muerte.»

Horrible y repugnante es la pintura con que á cada paso se nos retrata la degradación de la miseria; pero de nada sirven los consejos de la ciencia, vencida siempre y desatendida por el vil interés individual, que se sobrepone al bien de la sociedad. Recórranse sino esos barrios inmundos, donde se albergan las infimas clases en hediondos patios y en cuevas mefíticas y húmedas, sin luz ni ventilación, ó en reducidas boardillas, que las más no tienen la elevación suficiente para mantenerse de pie sus habitantes. Allí una familia numerosa, después de haber devorado un alimento insuficiente ó mal sano, se aglomera en el reducido espacio de un aposento insalubre, para buscar en el sueño el descanso de sus diarias y penosas fatigas. En el año pasado de 1854 se practicó un reconocimiento en las casas hospitalarias de Málaga, conocidas con el nombre de *Cotarros*, en los barrios del Perchel y de la Trinidad, en las que se encontraron hacinadas y durmiendo en el suelo ó en mugrientas esteras, en medio de nauseabundos olores, varias personas de diferente sexo. Este hecho, que no solo es contrario á la salud, sino que también afecta á la moralidad pública, ha sido denunciado por los periódicos médicos y políticos.

¿Se admirará todavía alguno de que entonces dejeren en constituciones débiles y enfermizas las más apuestas organizaciones, minadas hondamente por el tósigo de la miseria? ¿Cómo no ha de compadecerse y en cierto modo disculpar de sus extravíos á esos seres desgraciados, que careciendo de la precisa instrucción y necesario sustento, se sumergen en los vicios, buscando una tregua á sus sufrimientos en el único placer con que les brinda su degradación? ¿Como ha de sorprendernos el odio reconcentrado y la amarga sonrisa del pobre, al comparar sus destrozados y asquerosos harapos con el lujo fascinador y las comodidades del rico? *Las masas proletarias*, dice el economista ya citado,

privadas de alimento, moral y de bienestar físico, quieren entrar á su vez, á buenas ó á malas, en la particion de los bienes de este mundo.

Esta lucha, señores, es tanto mas terrible, cuanto que á la desesperacion del hambre y de la miseria, se asocian los instintos sanguinarios de la envidia, y las pasiones bastardas de la ignorancia y del vicio. Por eso muchas veces ha peligrado la tranquilidad pública, y se han conmovido hasta en sus cimientos los principios conservadores de la sociedad, cuando esas masas, como furiosas Bacantes, han corrido por las calles, agitando la incendiaria tea de las revoluciones. Por lo mismo tambien ese embrutecimiento del cuerpo y la abyeccion del espíritu, ese marasmo moral é intelectual, altamente repugnante para las personas cultas y civilizadas, es digno de nuestra consideracion, y de escitar los benévolos sentimientos de los hombres de gobierno. Lejos de apartar la vista con repugnancia de esa gangrena social, hay que aplicar todos los remedios heroicos de la ciencia administrativa, para contener sus progresos y evitar su reproduccion.

Si de los centros populosos, donde se ostenta todo el refinamiento y el lujo de la opulencia, contrastados al lado de la más espantosa miseria, nos trasladamos á los pueblos y á las aldeas, veremos tambien marchar en un desacuerdo lamentable la higiene social y la ciencia administrativa: mejor dicho, aquella está completamente abandonada. Se ignora hasta si tiene derecho alguno para intervenir en la construccion y distribucion apropiada de los edificios, y las municipalidades para nada se cuidan de esta parte importantísima de la policia urbana, cuya utilidad y conveniencia son incontestables. Por fin, en las capitales y en otras poblaciones de alguna consideracion hay comisiones que entienden y vigilan sobre lo que al ornato público concierne, aunque no siempre lo que se llama adorno y hermosura, que por lo comun se concreta á la simetría de las casas y á la uniformidad de sus fachadas, está basado en las reglas sábiamente establecidas por la higiene. En los pueblos pequeños faltan esas mismas comisiones, y si no hay palacios que edificar, muy bien pudieran prestar grandes servicios, haciendo que se levantasen moradas dignas del hombre.

Dedicados en general sus habitantes á la agricultura, viven confundidos bajo un mismo techo los hombres y los animales que con ellos comparten las faenas del campo. Muchas veces, y es lo mas frecuente, se albergan hombres y ganados en una habitacion baja, oscura y de mezquinas dimensiones, donde el aire no se renueva, y necesitando tal vez encender fuego en tan reducido recinto.

De manera que este miserable albergue sirve á un tiempo de cocina, de establo y de dormitorio á una familia numerosa. No es solo la salud del cuerpo la que entonces se altera y deteriora, sino que tambien la salud del alma sufre un menoscabo irreparable, y cuyos amargos frutos han de venir á madurarse más tarde con la corrupcion de las costumbres, resultado indispensable de una educacion poco esmerada, que es la escala fatal por la que se llega á la ultima meta de los crímenes mas horrendos, demostrándonos la estadística criminal, que esta clase de seres degradados es la mas propensa á lanzarse en la via de los desaciertos. Y no podia suceder de otro modo; porque confundidos desde su mas tierna edad los niños de ambos sexos en un mismo lecho, y presenciando entre sus padres escenas nada conformes á la sana moral, se agosta en ellos el pudor, esa flor virginal de la infancia y pura emanacion de la inocencia.

En la desventajosa posicion social que acabo de bosquejar, y en una habitacion con las condiciones de insalubridad descritas, de todos conocidas por desgracia, el organismo tiene que resentirse en el conjunto de sus funciones, y destruirse el consensus fisiológico. Y hé aquí explicado el por qué de esos semblantes pálidos y abotagados; de esa mirada triste, empañada y lánguida; de la flacidez de las carnes, con la poca energia muscular y la obtusion de la inteligencia. El mismo origen reconocen los depósitos de linfa alterada, que simultánea ó sucesivamente aparecen en distintas regiones del cuerpo, la tuberculosis y la escrofulosis con todas sus formas protéticas, y el elemento asténico que imprime á todas las enfermedades el sello de su carácter hipostenizante ó adinámico.

En estas clases desgraciadas es donde vemos casi siempre iniciarse las grandes calamidades epidémicas, sirviendo de heraldos á la muerte que se presenta aterradora é inexorable ante la sociedad confiada y desprevenida para el ataque. Entonces el gobierno, que tambien participa del pánico general, dicta disposiciones acertadas para oponerse á la propagacion de tan terribles enemigos; pero estas mismas medidas, cuya observancia se encarga bajo la más estrecha responsabilidad, son un cargo severo y una prueba elocuente de la indiferencia con que se miran en circunstancias normales los preceptos higiénicos. ¿Por qué se ha de esperar la inminencia del peligro para desplegar ese celo laudable en beneficio de la salud pública? ¿Son por ventura temibles nada más las epidémias, para que su terrorífica impresion nos haga volver la vista con ansiedad hácia las páginas salvadoras de las ciencias de la salud...?

Tanto indiferentismo, únicamente compa-

nable al quietismo é inmovilidad de ciertos pueblos asiáticos, parece una fatalidad inevitable, que pesa sobre las sociedades como un mal que no tiene remedio, á pesar de las escitaciones y de los continuos clamores de los hombres pensadores. El señor conde de Cabarrús, al hablar de la sanidad pública, decia, que *era el objeto más precioso y más descuidado de los Estados*; y despues de lamentarse de que al abandono sanitario no parecia admitir por nuestra parte más escepciones que la peste, de la cual habíamos creído licito resguardarnos, esclama con su acostumbrada valentía, en la carta V, dirigida en 1792 al ilustre Jovellanos, de la manera siguiente: «Pero que una enfermedad horrible y exótica, digno premio de la estravagancia de las cruzadas, arrebate en su flor la cuarta parte de nuestra poblacion; que otra, más cruel aun, inficione las generaciones enteras, y contradiciendo la naturaleza, la ofenda en la más imperiosa de sus necesidades; que las fiebres epidémicas acerben con una porcion de los que se libertaron de ambos riesgos; en fin, que nuestros hospitales y cementerios compliquen el corto número de enfermedades sencillas á que estaria sujeta nuestra especie, y dén el ser á males desconocidos, y digámoslo así, ingenieros, que atormenten ó abrevien nuestra efimera existencia; que las castas enteras se degraden y se sacrifiquen, *ahí* está nuestro tribunal de sanidad, que no conoce ni teme mas que la peste, y que se aviva cuando oye hablar de peste.»

Tal vez nuestra situacion sea más próspera y bonancible que la que tan amargamente describe y censura el profundo escritor citado, porque en gran parte se hayan reconocido las causas que él señala como productoras de este desconcierto. Volvamos á escuchar sus filosóficos conceptos, que son los mismos que me atreveria á recomendar al gobierno, para proceder con tino siempre que hubiese de plantearse alguna medida de interés para la higiene pública.

«Es cierto, escribe Cabarrús, que para no desmentir nuestra acostumbrada sabiduria, hemos tenido gran cuidado de escluir de este establecimiento los únicos individuos capaces de hacerle corresponder á su objeto, evitando el peligroso ejemplo de confiar exclusivamente la autoridad á la ciencia y á la aptitud. La jurisprudencia dispone de nuestra vida, de nuestros intereses; dirige el arado, los talleres, el entendimiento, las conciencias. ¿Cómo se habia de sustraer á su omnisciencia la conservacion de nuestra especie?»

«Usted sabrá, sin duda, el origen de esta plaga de la humanidad: Vd. sabrá, qué pretextos cohonestaron el error grosero y lamentable de ser suficiente el estudio de lo que se llama derecho, para entender y diri-

gir todos los asuntos á que es aplicable; pero yo que he leído poco, principalmente de estas materias, apelo á mi razon desnuda, y la pregunto vanamente: ¿cómo de ser contendibles todos los objetos, resulta que los conozcan los peritos de las relaciones litigiosas? ¿Cómo se pudo persuadir á los gobiernos de que el conocimiento de las superficies, equivalía al de las cualidades intrínsecas ó relativas? ¿Y cómo estos medidores universales (que se llaman jurisperitos) del trigo, del paño, de la moneda, de las drogas, pudieron creerse con los conocimientos del labrador, del fabricante, del platero y del médico?

»Y sin embargo, a tan lamentable equivocacion se deben atribuir los atrasos de las sociedades políticas en los ramos más importantes, la degradacion física de la especie humana y su embrutecimiento moral... Aquí es, por consiguiente, amigo mio, donde para hacer algo es menester deshacer todo lo que se ha hecho; confiar esclusivamente el precioso depósito de la sanidad pública á las manos capaces de conservarlo y mejorarlo, ora se introduzca un número suficiente de facultativos en el consejo de administracion (de que he hablado en mi carta anterior), ora que formando estos un cuerpo separado, traslade éste á aquel sus dictámenes para todos aquellos puntos que interesen á la policía general ó privada de los pueblos, estableciéndose desde luego los principales.»

Este cuadro está trazado con mano maestra, y es imposible desconocer en él las causas que han entorpecido, así en los pueblos como en los establecimientos de beneficencia, las mejoras sanitarias que la sociedad pudiera y debía reportar. Si parásemos nuestra atencion en las funestas consecuencias que á la salud pública acarrea el olvido de la higiene, veríamos que este abandono ocasiona más estragos que la peste y el cólera que tanto nos aterrorizan; pero como los efectos de aquellas trasgresiones son más lentos, no impresionan la imaginacion de las gentes, que en su ignorancia suelen achacar las enfermedades á otras causas que ninguna participacion han tenido en su desarrollo. Lejos de marchar en la via de las reformas sanitarias por la senda del progreso, vamos, si no estacionándonos, conculcando, infringiendo y menospreciando las antiguas pragmáticas y las recientes ordenanzas que tratan de los establecimientos públicos, que ya por el objeto de su industria, ya por la aglomeracion de personas, pueden alterar el aire.

Estas causas, obrando de consuno con las ya indicadas, en poblaciones cuyo perímetro no guarda proporcion con su crecidísimo vecindario, y donde falta el espacio necesario para la renovacion del aire que ha de consumir cada individuo, agravan más y más la suerte precaria de sus moradores, que

más bien parece que andan y se agitan en las estrechas calles de estensas necrópolis, que en ciudades destinadas para mansion de los vivos. Véase, sino, si es conveniente á la salud que en los puntos más céntricos se permitan las fábricas, esas grandes manipulaciones de la industria, en donde las materias orgánicas entran en descomposicion, impregnándose el aire de emanaciones dañinas, que cuando menos ofenden el olfato de los transeuntes. Dígase al, mismo tiempo, si estos establecimientos tienen en todas sus dependencias las condiciones de salubridad con que debe garantizarse la existencia de los obreros que pasan allí todo el dia y gran parte de la noche...!

(Se concluirá.)

FRANCISCO RAMÍREZ VAS.

REVISTA CIENTÍFICA.

Curacion espontánea de un cálculo vexical.

El Dr. Zemaró, de Chioggia, refiere la historia de un hombre, de buena salud hasta los 54 años, en cuya época empezó á observar los síntomas de esta enfermedad. Durante 10 años le visitaron muchos cirujanos de Venecia, que reconocieron la presencia del cuerpo extraño, y le aconsejaron la operacion.

Dejó de seguir sus consejos, y pasó otros 10 años, aislado, sin cuidados y en medio de los dolores y angustias que causa esta terrible dolencia.

En este tiempo y despues de un flemón, se formó una fistula en el escroto. Despues se abrieron otras cinco entre el escroto y el pene.

Tal era la situacion de este desgraciado, obligado á guardar cama, cuando hace un mes, atacado de dolores mayores que otras veces, vió salir del lado derecho del periné, una piedra que recogió su muger. Era dura, de forma elíptica y del peso de 200 gramos. Su diámetro mayor era de seis centímetros. Reanimado el enfermo, despues de esta espulsion, dejó la cama, y libre de sus dolores, quedó en el buen estado en que se le puede ver aun hoy dia, á los 75 años de edad.

(Gazzetta médica italiana.)

De la coosidinia.

M. Simpson ha observado con bastante frecuencia esta afeccion, que ha pasado desapercibida por la generalidad de los patólogos. Solo la ha observado en las mujeres y á consecuencia de un enfriamiento ó de una causa traumática.

El síntoma más importante es un dolor en

la region coosigea, que se aumenta al sentarse y levantarse del asiento, y en ocasiones puede existir durante el tiempo que la paciente esté sentada, impidiendo esta actitud; pudiendo llegar tambien á dificultar la progresion, la espulsion de las materias fecales y otros actos que soliciten la contraccion del esfínter, elevador del ano ó músculos isquio-coosigeos.

Este dolor, tolerable en algunas personas y que adquiere en otras una intensidad horrible, se exaspera por la presion, y tiene por lo comun una duracion considerable, de muchos años.

Mr. Simpson no ha podido aun determinar el asiento preciso de la coosidinia, contra la que ha visto malograrse gran número de medicaciones y tratamientos generales.

Las sanguijuelas y los extirpatorios, en los casos que al parecer consistian en inflamaciones de las articulaciones coosigeas ó sacro-coosigeas; y en las inyecciones subcutáneas de una solucion mórfica, cuando el mal parecia esclusivamente nervioso, han podido paliar el dolor; pero cuando ningun efecto producen tales remedios, aconseja el autor, la seccion subcutánea de todas las fibras tendinosas que en el cóosis se insertan, mediante un tenotomo muy fuerte, lo que casi siempre le ha dado felices resultados.

(Medical Times.)

Hemorragia cerebelosa.

El caso siguiente confirma la teoría de Flourens sobre las funciones del cerebello.

El 16 de enero de 1859, un anciano de 79 años fué acometido de un violento ataque apoplético. Trató de sentarse en la cama, y volvió á caer inclinado del lado derecho, dando gritos lastimeros y presa de vómitos incoercibles, que duraron cuatro ó cinco dias; durante los que, á pesar del estado comatoso en que se hallaba, conservaba íntegra la inteligencia.

El enfermo podia mover todos sus miembros, llevarlos en la direccion que se le indicase, y sostenerlos elevados encima del lecho; pero le era imposible permanecer sentado.

La sensibilidad se conservaba: la mirada tenia un aire de ebetud particular: despues, la cefalálgia, que fué total en su principio, se limitó á la region occipital derecha, desapareciendo al cabo de quince dias: los vómitos y las náuseas cesaron, así como el estado comatoso.

Se trató entonces de hacer levantar al enfermo; pero, si bien movia perfectamente sus miembros en el decúbito supino, no podia tenerse solo de pié y caía hácia adelante y á la derecha.

Si se queria ensayar el que anduviese sosteniéndole, sus miembros inferiores se diri-

gían al lado opuesto del que él quería llevarlos.

Poco á poco, sin embargo, desaparecieron todos estos fenómenos, y la estacion, el equilibrio y la progresion pudieron efectuarse bastante bien.

En setiembre del mismo año murió el enfermo á consecuencia de una hemorragia cerebral, y en la autopsia, además del foco reciente, se encontró uno antiguo y cicatrizado en el centro de la sustancia blanca del hemisferio cerebeloso derecho.

(Acad. des Sciences. 10 nov. de 1859.)

Fenómenos específicos, químicos y microscópicos de la Gota.

Mr. Garrod en una comunicacion que dirigió á la *British Association* en octubre del año pasado, establece las proposiciones siguientes:

1.^a Que, en el estado de salud, la sangre solo contiene ligeros indicios de urato de sosa, urea (probablemente de todos los principios que deben ser agregados); pero en tan pequeña cantidad, que el análisis no demuestra su presencia.

2.^a Que en la gota, la sangre es rica en urato de sosa (cristales de ácido úrico que pueden extraerse); pero que lo mismo sucede en la albuminuria y en la intoxicacion saturnina.

3.^a La causa de la gota, el fenómeno constante en todos los gotosos, cualquiera que sea el grado de su afeccion, y que no se encuentra en ninguna otra enfermedad, consiste en el depósito de urato de sosa, bajo la forma cristalina, en los cartílagos y ligamentos articulares, cuyo depósito es probablemente la causa y no el efecto de las inflamaciones articulares que constituyen la gota.

Operacion cesárea practicada con éxito dos veces en una negra.

Un médico de la Luisiana ha observado el siguiente notable caso, que ha comunicado á la *Gazette Medicale de Lyon* el alumno M. Bouchacourt.

Una negra de 24 años, robusta y varonil, embarazada de todo tiempo, empezó á sentir los dolores de parto; pero despues de algunas horas, fatigada ya la matriz y habiendo caído en la inercia, fué necesario llamar á un médico, por insinuacion de la matrona que la asistia.

Los médicos que acudieron, despues de reconocer á la enferma y observando la gran estrechez del diametro ántero posterior de la pelvis, discutieron la operacion necesaria, decidiéndose por la cesárea, que se ejecutó inmediatamente por el procedimiento ordinario, y que terminó con feliz éxito, despues

de extraer por la nueva via un feto voluminoso y muerto.

Estraida tambien la placenta, se retrajo inmediatamente la matriz, lo que evitó toda efusion de sangre.

La incision se reunió por la sutura emplumada, y la cicatrizacion fué muy rápida: los loquios fluyeron como de ordinario, y en una palabra, no hubo accidente alguno consecutivo.

Diez y ocho meses despues, la misma negra, que creia tener un embarazo regular, sintió algunos dolores y mandó inmediatamente á buscar á sus médicos, que al reconocerla, pudieron observar que el feto no se hallaba en la cavidad uterina, sino movible y flotando en la abdominal é inmediatamente detras de los músculos anteriores de esta region.

Incindida la pared abdominal en la línea alba, como la vez anterior, se encontraron inmediatamente las membranas del huevo, y rota la bolsa, se vió que formaba con la matriz una cavidad á manera de calabaza de peregrino.

La bolsa ó cavidad mayor encerraba el feto, y la matriz ó cavidad menor la placenta.

Se estrajeron ambos, y practicada la reunion, la enferma curó rápidamente.

El feto era hidrocefálico, y estaba muerto. Quince meses despues la negra murió á consecuencia de una pulmonia, estando en el quinto mes de otro nuevo embarazo.

Causa de la formacion de los cálculos urinarios.

Habiendo sometido la orina á la accion de la electricidad, el Dr. Cucleo ha visto depositarse en el polo positivo, el ácido úrico, los uratos, fosfatos y el ácido oxálico, que en los cálculos urinarios funcionan como electro-negativos.

En los litiasicos ó en los predispuestos á padecer de cálculos, éstos se forman con una rapidez sorprendente, que no puede compararse sino á una reaccion eléctrica, y que por lo comun, no puede prevenirse por un régimen químico contrario el más riguroso. Por estas razones, el autor piensa, que la formacion de los cálculos es debida á una causa eléctrica, que comienza en los riñones, se completa en la vejiga, y es favorecida de una manera especial por la irritacion é inflamacion de este órgano.

Relativamente á esta última proposicion, Matteucci ha demostrado suficientemente, que las corrientes eléctricas se desarrollan en los diferentes órganos de los animales, y que su intensidad aumenta cuando se hallan inflamados.

De lo anterior resulta, que, si no se encuentra medio de detener estas corrientes eléctricas, capaces de dar lugar á productos

morbosos, como el de que se trata, no se llegará á impedir la formacion de los cálculos, ni por los remedios químicos de naturaleza contraria, ni por el régimen dietético más racional.

Las observaciones de Matteucci, sin embargo nos suministran un medio que podrá utilizarse con éxito.

Este físico eminente ha demostrado, que el sulfido hídrico disminuye y llega á destruir las corrientes eléctricas musculares, y en su consecuencia, que el empleo de las aguas hidrosulfurosas, por dentro y por fuera, podrá ser eficaz en esta dolencia. La observacion diaria viene en apoyo de este aserto.

(*Presse medicale belge.*)

JOSÉ EUGENIO DE OLAVIDE.

FÓRMULAS.

PÍLDORAS DE SANTA MARÍA.

(*Fórmula de Bouchardat.*)

- R. Conserva de rosas. 50 granos.
 Bálsamo de copaiba. 12 idem.
 Sangre de drago. 5
 Deutocloruro de mercurio. 1 gram. 50 centigs.
 H. S. A. píldoras de 6 centigramos para tomar, aumentando hasta 10 ó 12 al dia.

PASTILLAS DE CHOCOLATE IODADO.

- R. Extracto de naranja iodado. 15 gramos.
 Chocolate de vainilla. 485 idem.
 H. pastillas de 18 granos ó sea un gramo. Cada una contiene medio centígramo de iodo.

BÁLSAMO IRLANDÉS.

(*Fórmula de Perraud.*)

- R. Médula de buey. 25 gramos.
 Azúcar. 15
 Aceite de laurel cerezo. 4—50 centgs.
 Cognac de 60°. 25
 Amoniaco líquido. 1
 Sal comun. 4—50 idem.
 H. pomada para aplicarse en los sitios doloridos á consecuencia de reumatismos agudo ó crónico.

CONTRA LA BLENORRÁGIA.

(*Fórmula de Barendels.*)

- R. Ioduro de plomo. 2 dracmas.
 Agua destilada. 10 onzas.
 Dése para inyecciones en la blenorragia aguda.

SECCION PROFESIONAL.

NOTICIAS MÉDICAS DE LA GUERRA.

CARTA IV.

Campamento de la Aduana de Tetuan, 27 de enero de 1860.

Querido amigo: desde mi última, que supongo habrán ya leído los suscritores á *La España médica* y muchos más, puesto que tengo la honra de que mis noticias médicas sean trasladadas por los demas periódicos no facultativos, puedo comunicar á V. bastantes de aquellas que importan en mi juicio mucho para escribir la historia de esta guerra en todo aquello que nos concierne.

Yo no le puedo empezar á V. hablando de nuestros sufrimientos, de nuestra resignacion, de nuestro trabajo inmenso y del patriotismo de todos, pues esto le consta á la nacion, que segun veo abre sus arcas y sus brazos para premiar y estrechar cordialmente á sus valientes hijos, no; pero sino puedo dar principio hablándole á V. de este asunto, todo se desprenderá indirectamente de la relacion que haré desde la salida del ejército del campamento sobre el rio Smir.

Ya tengo á V. dicho lo que fué el campamento del Smir, que todos abandonamos con gran contentamiento el dia 14: esta jornada fue atroz, tres cuartos de legua de arenal en donde cada pisada nos hundiamos hasta las rodillas, y al querer avanzar atrasábamos, nos fatigaron en extremo: la dificultad se venció al fin, sirviéndonos de descanso el trepar por las montañas del Cabo Negro, á donde los moros, á no haber sido unos cobardes, jamas nos debieron dejar subir. Como de costumbre, la lluvia comenzó á mortificarnos, y al fin se hizo inaguantable. Todos íbamos temblando de frio por la humedad que cubria nuestro cuerpo. Al fin se determinó el sitio en que habia de acampar mi batallon, que era en el puesto avanzado, en una cima sobre la llanura, cerca, muy cerca del enemigo, teniendo á buena distancia el resto de nuestro ejército: mojados y transidos de frio, en medio de la oscuridad, estos heroicos soldados se pusieron á hacer la trinchera, que quedó levantada como por encanto: todos vigilamos en esta noche de prueba; las tropas traian tiendas que apenas usaron, y alimento: nosotros, carecíamos de lo uno y de lo otro, porque las acémilas no nos habian podido seguir. Secamos nuestras ropas á las hogueras de los vivagues, y cuando el nuevo dia vino á saludar nuestra existencia, comprendimos lo peligroso y digno del puesto que se nos habia confiado, así como tambien la gran fuerza de resistencia que Dios nos habia concedido. En el reconocimiento, tuve algunos cuantos enfermos leves, cosa muy digna de tenerse en cuenta, puesto que veníamos de un campamento infestado, de un campamento malísimo, y habíamos estado espuestos á causas morbosas de intensísima accion.

Al medió dia fuimos relevados por Ciudad-Rodrigo, y acampamos sobre una ladera de la línea establecida.

La salud de la tropa fué ganando, hasta que

empezaron de nuevo las lluvias y se volvieron á presentar algunas diarreas coleriformes, y bastantes casos de verdadera disenteria de entre los cuales algunos fueron graves.

El 17, salimos del campamento sobre el Cabo Negro, marchamos por la izquierda hasta llegar á la playa, y despues seguimos hasta Torre cuadrada: el arenal, como siempre, fue duro de pasar: se nos hizo de noche cuando fuimos dirigidos al sitio en que habiamos de acampar, no hallándole hasta las dos de la madrugada, despues de agotadas las fuerzas, ni haber tomado mas que el desayuno, y sin tiendas ni nada que comer los oficiales, porque las acémilas tampoco nos habian podido seguir. A la hora dicha, acampó mi batallon á la derecha de la aduana de Tetuan y como á tiro de bala de aquella y de cañon de la plaza y el campamento enemigo: estableciöse el servicio y los demas procuraron descansar: en este dia, amigo, supe lo que era sed, hambre y cansancio: el sueño me rindió y quedé dormido, con un capitan, sobre la arena. ¡Qué mullido lecho me parecia!

Pero veo que desciendo á ocuparme de mí mas de lo regular, mas de lo justo, cuando tanto puedo decir de otras cosas.

El país atravesado, desde el Smir, todo es fértil, lleno de espesísimos jarales, bastantes sembrados, y muchos alcornoques: se ven florecitas de manzanilla silvestre, bastantes pajarillos que alegan el alma con sus cariñosos cánticos, muchos tomillos, espliegos y retamas; bastantes malvas, que en todo el camino desde Ceuta nos eran difíciles de hallar, muchos colosales galápagos en grandes lagunas, y á la orilla del mar, las conchas mas bonitas y mas bien formadas que hasta la fecha he visto.

Las llanuras ó vega de Tetuan, son riquísimas para la produccion, en manos civilizadas.

La ria, está poco cuidada: con mal cauce, se desborda y produce lo que hay, muchos pantanos y lagunas que deben infestar á Tetuan de intermitentes perniciosas tal vez en gran número de ocasiones.

La Torre cuadrada, no merece mas que una mirada de lástima en manos de los moros.

La aduana, en que se ha hecho un gran fuerte bien artillado, contiene víveres para bastantes dias: de modo, que ahora no es fácil que el viento Levante nos imponga sus fatales consecuencias.

Este campamento, se encuentra mejor acondicionado que los demas: hay comunes, mas policia, aunque no la bastante, y sin embargo, los grados de salud que experimentan los cuerpos de ejército ofrecen diferencias notables.

Nosotros, que estamos sobre el arenal y bastante separados de la ria, no conocemos apenas la cara colérica: en cambio hay intermitentes, y la disenteria castrense se presenta con frecuencia.

La segunda division, que está cerca de la ria y cerca del quinto cuerpo, se resiente aun del cólera.

El quinto cuerpo, llegado hace dias, experimenta las consecuencias de su entrada en campaña: los soldados no han adquirido habito aun ni están influenciados, pero confio en que esto les durará poco.

El segundo y cuarto cuerpos de ejército, no es-

tán mal, pero aun hay mucha disenteria y algunas diarreas coleriformes.

En suma, la salud del ejército en general, es buena en este campamento, si exceptuamos la division Rios, que pasa por la misma prueba que las demas. Las defunciones muy escasas. Este es un verdadero consuelo, y lo es mas, atendiendo á que por regla general, siempre que los enfermos se quejan pronto y no abandonan nuestros preceptos, no solo se salvan, sino que no van á llenar los hospitales.

El dia 23 hemos tenido una especie de batalla, de la cual resultaron sobre unos 70 heridos, en su mayor parte leves, que fueron curados en el acto.

Las tropas, fueron á batirse atravesando profundas lagunas, en donde el agua y el fango les llegaban á la cintura; el Excmo. Sr. Duque de Gor, iba á la cabeza de un batallon con el Sr. coronel Irason y los comandantes Ortiz y Abreu: ellos dieron ejemplo á los soldados y pasaron por el agua y el lodo para buscar á los marroquies, que ya huian á esconderse entre los matorrales y los juncos.

En este dia tuve dos oficiales contusos de poca gravedad; pero de resultas de la humedad, á los tres dias, disenteria, intermitentes y dolores reumáticos.

Adios mi amigo, otra vez seré mas largo, pues estoy rendido de sueño.

Suyo afectísimo

POBLACION.

CARTA V.

Campamento de la Aduana de Tetuan, 30 de enero de 1860.

Querido amigo: no sé si al comenzar esta misiva, necesitaré más de la pluma del poeta que de la del médico, porque los espectáculos que á cada momento se ofrecen á mi vista para escitar mi inteligencia, son bastante para todo. De una y otra manera, yo ruego á los que lean mis cartas, sean indulgentes si hay en ellas poca correlacion.

Los campamentos de cada cuerpo de ejército tienen su situacion importante, mirada tanto bajo el punto de vista médico, como bajo el aspecto militar.

Desde la playa de Cabo Negro hasta Torremartin y la desembocadura de la ria, se vé el campamento general de todo el ejército, ocupando una fabulosa estension de la Vega, sobre praderas hermosas rodeadas de lagunas y sobre no pequeños arenales. El segundo cuerpo está á retaguardia; el tercero, cuarto y quinto á vanguardia, y sobre la línea del reducto de la Aduana. El quinto cuerpo, la segunda division del tercero y el cuarto, situados muy cerca de la ria, han tenido que resentirse mas en cuanto á el estado sanitario, por su colocacion y circunstancias especiales. Llegado el cuerpo de Rios, se sometió á la influencia de los campamentos, al contacto de los otros ya epidemiados, y el cólera y la disenteria se desarrollaron con violencia, aun cuando sin producir mortandad ó pérdidas definitivas. Este resultado natural hubo de tener su período como de costumbre; razon por la cual las bajas han disminuido ya considerablemente.



Los puntos culminantes que se presentan á la vista del observador son: la ría por la izquierda, Tetuan y la cordillera del Atlas al frente: la cordillera de Cabo Negro á la derecha: el Mediterráneo con nuestra escuadra por la retaguardia: á la izquierda en primera línea y orilla á la ría, la aduana, que ya es un grave reducto bien artillado y provisto de víveres: sobre la vertiente de la colina en que está reclinado Tetuan y como á distancia de dos millas, está la torre fortificada y el campamento enemigo, en el cual se distinguen no pocas tiendas de campaña, en su mayor parte cónicas. También se notan tres puentes sobre el camino de Tetuan, puentes de mediana construcción, un solo ojo y que dan paso á tres ramales caudalosos cuando las lluvias, que se incorporan á la ría; caudal de agua, que bien utilizado, podría hacer de la primera población comercial de la Mauritania, un punto importante: la ría desemboca en la mar á ocho leguas de Tetuan, separándose de las montañas para atravesar el llano y desaparecer dejando á su izquierda clavada sobre la playa la Torre Martín, fuerte que antes pertenecía á el ejército marroquí, como un centinela erizado de cañones que daban el alerta á los que osaban acercarse á la playa. He contado hasta cinco pozos de regulares y abundantes aguas, situados: dos cerca de Torre Martín y tres próximos á la aduana. Esto es de suma importancia, porque abona la provisión de aguas, que en mas de una ocasión ha sido difícil por su calidad.

En los primeros días que se estableció este campamento, fuese por recelo del estado sanitario ó por otros motivos, se presentaban pocos vendedores; mas hoy esto es un mercado feria, en donde se encuentra tal vez mas de lo que se debe. La plaza del mercado está dividida en dos, una á la desembocadura de la ría y sobre la playa: otra en el puerto de la aduana, ó mejor dicho muelle: allí se ven multitud de barracas, tiendas y toldillos en donde los andaluces, mallorquines, franceses y aragoneses nos venden embutidos, pan, naranjas, limones, azúcar, café, té, chocolate, quesos, bizcochos, dulces, vinos, galletas, manzanas, batatas de Málaga, higos y pasas de varias clases, jamones, cigarros mas buenos que los de España, licores, rom, coñac etc. etc. y al lado de estos otros artículos: la infernal Ginebra, las infames sardinas y escabeches, los terribles boquerones, las latas de conserva, en salsa y aceite, que en circunstancias como las que atravesamos debieran estar fuera del alcance de los consumidores. Otra cosa es las gallinas, dulces de membrillo y pera, ciruelas, melocotones y otras variedades, que en porciones prudentes pueden usarse con ventaja y sin peligro; también se nos venden camisas, calzoncillos, gorros morunos, alguna bisutería, y francamente, cuanto Gibraltar vendía á los moros nos lo está encajando á nosotros sin disimulo y á precios mas que subidos.

De enfermedades, despues de la crisis porque ha pasado el quinto cuerpo, no volvemos á estar mal. Sin embargo, la disenteria produce bastantes bajas, y las intermitentes ayudan no poco á el mismo resultado.

A mi me parece que influye mucho en el estado sanitario el que los soldados comen muchos alimentos que no son ni aun en guarnición acepta-

bles, y que ahora pagan á los tratantes á peso de oro: lo mismo las bebidas: el Ginebra solo, poderoso veneno siempre, en las circunstancias porque atravesamos ha producido gran daño en el ejército. Yo que procuro seguir cuidadosamente las evoluciones porque pasa el estado sanitario de nuestro ejército, estudiando la etiología de las enfermedades que le han afligido y las que le castigan ahora, he adquirido la profunda convicción de que lo que llevo espuesto es la verdad. Al formar, como lo verificaré en mi próxima carta, un resumen de las causas productoras de las enfermedades en el ejército de Africa, sus síntomas etc. etc., resumen que me ha de servir para objetos ulteriores, y que será hijo de las notas circunstanciadas de mi diario, espero hacer conocer todo lo principal que respecto de este punto puede ahora saberse.

Tenemos hace bastantes días una temperatura poco sana: gran calor durante el día y las madrugadas y noches temblando.

Esta gente todas las noches nos hace salvas de espingarda que oímos ya riéndonos.

El papel y el tiempo se acaban. Adios, suyo
POBLACION.

PARTE OFICIAL.

CUERPO FACULTATIVO DE HOSPITALIDAD DOMICILIARIA DE MADRID.

Las sesiones científicas del 1.º y 2.º distrito, tendrán lugar en la casa de socorro de este último, el viernes 10 del actual á las ocho de la noche, y las del 3.º y 4.º distritos el lunes 13, en la casa de socorros, del primero de ambos.

Madrid 8 de febrero de 1860.—El secretario general, *E. Sanchez y Rubio*.

SANIDAD MILITAR.

3 de enero. Nombrando médicos provisionales del hospital militar de Málaga á D. Antonio Montant y Dutriz, D. Adolfo de la Rosa y Roldan y D. Dario Gullel y Sanchez.

3 id. Negando á D. Alejandro Brandao los honores de médico de entrada.

3 id. Dando de baja por no haberse presentado, al practicante de medicina del ejército de Africa á D. José Jimenez y Fernandez.

4 id. Nombrando médico provisional del hospital militar de Cadiz á D. Gabino Conde y Bermejo en reemplazo de D. Francisco Moratal que ha sido dado de baja.

4 id. Id. para el mismo hospital en reemplazo de D. Vicente Infante, al licenciado en medicina y cirugía D. Pantaleon Rodriguez Madrigal.

4 id. Concediendo cuatro meses de Real licencia por enfermo, al primer médico del hospital militar de Barcelona, D. Eusebio Ibern y Bartra.

4 id. Nombrando varios practicantes de medicina para el hospital militar de Ceuta.

6 id. Nombrando médicos de entrada y segundos ayudantes á D. Manuel Falcó y Barquell, Don

Joaquin Diaz y Pujolá y D. José Guerrero y Scarmibia, procedentes de las últimas oposiciones, destinando en su consecuencia al primero al batallón cazadores de Alcantara, al segundo al de Alba de Tormes, quedando sin efecto el destino para que fué consultado el tercero por haber sido nombrado con fecha 5 para la division del general Don Diego de los Rios.

7 id. Dando de baja al practicante de medicina del ejército de Africa, D. Manuel Perez y Mira.

7 id. Negando la licencia absoluta al segundo ayudante médico D. Juan Buixó.

7 id. Nombrando médicos provisionales de los hospitales militares de Málaga, á D. Francisco de la Espada y D. Juan Navas.

8 id. Concediendo las gracias que á continuación se espresan en recompensa del mérito contraído en el combate que tuvo lugar el día 15 del mes de diciembre último, entre los reductos de Isabel II y rey Francisco de Asis, á los individuos siguientes.

D. Juan Subirana, significacion á Estado para la cruz de Carlos III.

Médico provisional D. Nicolás Ealo, cruz de San Fernando.

D. Juan Bosina y Piá, primer médico supernumerario.

M. Vicente Martin Ronzo, significacion á Estado para la cruz de Carlos III.

D. Bruno Vidart y Guitton, id. para la de Isabel la Católica.

D. Francisco Javier Lejalde, grado de médico mayor.

10 id. Nombrando médico provisional del batallón provincial de Málaga á don Francisco Cantillo y Peana.

11 id. Mandando pase á continuar sus servicios al hospital militar de Barcelona, el primer médico D. Mariano Pascual Marco Elvira.

11 id. De tinando á la division que debe organizarse en Algeciras á los oficiales médicos D. Juan Saviron y Esteban, D. José Caravios y Santana y D. Tomas Birani y Colominas.

12 id. Id. al segundo ayudante D. Carlos Guijarro y Torrealva.

12 id. Id. al primero D. Juan Munarritz y Maixé.

12 id. Nombrando varios practicantes de farmacia para los hospitales de Sevilla, Cadiz y Puerto de Santa Maria.

12 id. Nombrando los practicantes para la division que se organiza en Algeciras.

16 id. Agraciando con mencion honorífica á los primeros ayudantes médicos D. José Garrido y D. Crisanto Lopez Ramirez, por el mérito que contrajeron el primero en el combate del día 20, y el segundo en el del 25.

16 id. Mandando que los oficiales médicos destinados á la nueva division que se debia organizar en Algeciras, marchen á Cadiz D. José Caravios y D. Tomas Birani; y á Málaga, D. Juan Saviron, D. Juan Munarritz y D. Carlos Guijarro, donde recibirán órdenes.

Id. id. Nombrando médico provisional de la guardia civil veterana de esta corte á D. José Crespo y Garcia.

17 id. Mandando se abone á D. Domingo Denis Grek, médico del batallón ligero provincial de

las Palmas de las islas Canarias, el sueldo de 6000 reales anuales siempre que dicho batallón esté sobre las armas.

18 id. Aprobando una propuesta de practicantes para el ejército de África.

Id. id. Nombrando farmacéuticos provisionales con destino á la botica de la plaza de Ceuta á D. Antonio Puche y Elias y D. Ildefonso Martin Rabadan.

Id. id. Concediendo cuatro meses de real licencia por enfermo para Arredondo, provincia de Santander, al primer ayudante médico D. Felix Garcia Echevarria.

20 id. Concediendo las gracias que se espresan por la accion del día 20 de diciembre último en los reductos Isabel II y rey Francisco, á los individuos siguientes.

D. Juan Serrano y Aparici, mencion honorífica.
D. José Merino Lopez, empleo de subinspector de segunda clase.

D. Lucas Moran y Fernandez, cruz de S. Fernando de primera clase.

D. Cesáreo Fernandez Losada: cruz de Isabel la Católica.

D. Valentin Sanchez Garcia: id. id.

D. Juan Serrano y Aparici: id. id.

D. Antonio Martrús y Codina: grado de Subinspector de primera clase.

D. Antonio Garcia Baiget: cruz de Carlos III.

D. Juan Bernard y Tabuenca: cruz de Isabel la Católica.

A los practicantes de medicina D. Aureo Garcia Puente, D. Joaquin Anton y Salazar y D. Manuel Pelayo y Abascal: cruz de María Isabel Luisa.

20 id. Nombrando farmacéuticos provisionales para los hospitales de Cadiz, Jerez y Puerto de Santa María á D. Siro Basrenengoa y Saenz: para los de Sevilla á D. Manuel Pozo y Portocarrero: para el de Huelva á D. José Serrano y Gutierrez.

22 id. Nombrando varios practicantes de medicina para los hospitales de Cadiz, Málaga, Ceuta y Puerto de Santa María.

20 id. Disponiendo que el Subinspector médico D. Joaquin Sairols y Velat, destinado al ejército de África, vuelva á encargarse de la Subinspeccion de Cataluña y que D. Carlos de Reyes lo verifique asimismo de la de Navarra donde servia.

Por Real orden de 1.º de Enero se mando que el Parque Sanitario se establezca en el gran Salón bajo que sirve en la actualidad de almacen de ropas en el hospital militar de esta Corte.

Por otra fecha 14 se dispone que el material sanitario que se destine al ejército de África se considere por la Administración militar para su transporte por las vias ferreas, como el de guerra.

Por otra de 16 se manda establecer en Huelva un hospital de 500 camas en el ex-convento de la Merced, propiedad del Marques de Villafraanca.

Otra del 12 resolviendo se abone en los sucesivos ocho reales diarios, en lugar de los cinco que actualmente disfrutan, á los practicantes del hospital militar del Ferrol.

Han fallecido en Ceuta á consecuencia del cólera-morbo epidémico los practicantes de medicina D. Francisco Sanchez del Pino y D. Ramon Marin; el primero del cuartel general del tercer cuerpo y el segundo de la segunda brigada de la division de reserva.

Por real orden de 20 de enero se dispone que en el caso de recurrirse al nombramiento de facultativos civiles en los puntos donde se carezca de los castrenses y provisionales para llevar á efecto el reconocimiento de los contingentes del actual reemplazo, se les abone la cantidad de 40 rs. de vellón diarios mientras dure la comision.

CRONICA.

Invitacion. La redaccion de LA ESPAÑA MÉDICA tiene el honor de invitar á sus colegas médicos y á cuantos profesores han contribuido á la suscripcion abierta por la clase médica para socorro de los inutilizados del ejército de Africa, á que se sirvan concurrir el día 14 del actual y hora de las siete de la noche, al local de la Academia médico-quirúrgica Matritense, para tratar de inversion de los fondos producto de dicha suscripcion. Los periódicos y profesores residentes fuera de Madrid, pueden nombrar quien los represente en esta junta ó manifestar sus opiniones por carta dirigida á cualquiera de los periódicos médicos de Madrid.

Academia médico-quirúrgica Matritense.

Es verdaderamente consolador el animado espectáculo que ofrece esta corporacion, tras los largos años de abatimiento por que han pasado las Academias médicas españolas. La animacion y lucidez de los debates; lo numeroso y escogido de la concurrencia, para la que ya es insuficiente el local, y el noble entusiasmo de todos, hace que estas sesiones produzcan una grata satisfaccion y recreamiento en quien las presencia, y que se espere con impaciencia el día señalado para cada una de ellas.

Es grato, en efecto, ver aquella multitud de profesores, que abandonando todas las distracciones y quizá el necesario descanso á sus tareas de todo el día, acuden ansiosos á rendir tributo á los progresos de la ciencia en España; y es más grato todavía que en ese centro de inteligencia y de laboriosidad, no haya otra gerarquia que la del talento y la instruccion; que todos tengan iguales derechos y prominencias; que todos puedan ocupar la tribuna cuando así lo crean...; porque allí no hay académicos y profanos; sabios y admiradores, divididos profundamente; allí no hay sino profesores, y solo brilla más el que mas brilla.

Estamos seguros de que siguiendo la Academia médico-quirúrgica matritense este sistema de expansion y confraternidad, tendrá siempre el privilegio de que no huyan de ella el entusiasmo, la inteligencia, la gloria.

En suma, quien asista á las sesiones de esta lucida corporacion, encontrará en ellas motivos bastantes para creer en la ilustracion de la clase médica y en los adelantos crecientes de nuestra patria, que en todos los ramos marcha deprisa hacia su completa regeneracion.

El sábado último el Dr. D. Pedro Mata tomó á su cargo la tarea de contestar al Sr. Quintana. Siguióle paso á paso en todas las varias é importantes cuestiones que habia agitado este orador. Así en el terreno de la filosofia como en el de las

ciencias naturales, como en el de el tema concreto que se está debatiendo, el Dr. Mata demostró las inmensas ventajas del sistema que profesa, para esplicar las cuestiones mas árduas de la ciencia, advirtiendo y demostrando que lo que no aclara la doctrina de S. S. no lo verifica tampoco, ninguna de las conocidas hasta el día. El doctor Mata estuvo brillante como siempre, é inutil es decir que la concurrencia le oyó con agrado y muchas veces le tributó señales indudables de aprobacion.

Operacion. Hemos tenido ocasion de ver aplicar al Dr. Ulibarri, que desempeña actualmente la clinica quirúrgica del primer curso, el constrictor de Chaisaignac en un voluminoso tumor cancerado de un testículo despues de una bien entendida ligadura cerca de la base del tumor para pedicularle un poco; se aplicó la cadena del constrictor y haciendole funcionar se logró practicar la ablacion completa del tumor quedando una superficie cruenta lisa, regular y sin dar una gota de sangre: aproximados los bordes de la superficie circular, se practicó una sutura entrecortada con la que quedó con los bordes linealmente aproximados como si el bisturi hubiera practicado una sola y recta incision con la piel. Felicitemos al Dr. Ulibarri, por la oportunidad y acierto con que sabe introducir en la enseñanza las mas modernas y convenientes practicas de la cirujia actual, en las muchas operaciones que con tanta inteligencia como fortuna verifica.

Trabajos útiles. Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia el concienzudo informe dado por los señores Morales, Benayides y Reinoso, acerca del procedimiento del Sr. Aldir para analizar las quinas; cuyo trabajo original publicamos en el número anterior. Nuestros habituales favorecedores recordarán con gusto la memoria en que el reputado químico y farmacéutico Sr. Aldir daba cuenta de sus procedimientos, y verán que el informe á que nos referimos es el digno complemento de aquella excelente memoria, que tambien vió la luz en LA ESPAÑA MÉDICA.

Damos la enhorabuena á los autores de uno y otro escrito, y nos prometemos que no ha de ser esta la última vez que tengamos que aplaudir su ilustrada laboriosidad.

Recomendable empresa. El conocido y justamente reputado anatómico y operador, Don Pedro Gonzalez Velasco, nuestro colaborador y amigo, se ha propuesto acometer la mayor empresa de cuantas ha emprendido la actividad individual de médicos españoles contemporáneos. Esta empresa, que así prueba los grandes dotes del Señor Velasco como los crecientes progresos de nuestro país, consiste en reproducir, por medio del estucopasta, el carton-piedra y la cera, los infinitos ejemplares de anatomia fisiológica, anormal, patológica y quirúrgica que existe en el magnifico museo del autor ó se recojan en las clinicas, hospitales y practica particular. Dichas piezas hechas con la perfeccion ya acreditada por el Sr. Velasco, no escudera nunca del precio de media onza de oro la mejor y mas difícil; con la cual espera el Sr. Velasco y nosotros, que se utilizarán de ellas todos los profesores estudiosos y los museos de todas nuestras facultades de medicina, hospitales etc.

Felicitemos vivamente al Sr. Velasco por su in-

fatigable é ilustrada laboriosidad, y auguramos un feliz éxito á su grande empresa, no ya solo en la península, sino y que tambien en Ultramar y muchos puntos del extranjero, en donde serán apreciados como merecen los trabajos de nuestro amigo, tan pronto como los conozcan.

Esperamos poder comunicar en breve mayores detalles á nuestros suscritores, para que conociendo las condiciones de publicacion, puedan contribuir á protegerla, como de seguro desean.

Comprofesor herido. El segundo ayudante médico del ejército de Africa, D. Vicente Lafuente, ha sido herido en la accion del dia 31. Ignoramos si será de gravedad. De todos modos, nos interesamos vivamente por su restablecimiento, y daremos noticia de su estado en el próximo número.

Valerosa conducta de un médico. El ilustrado jóven D. Eduardo Gomez Navarrés, segundo ayudante médico del segundo cuerpo del ejército de Africa, ha peleado valerosamente en las guerrillas, en la accion del dia 31, mientras no había heridos que curar

Noble desprendimiento. El dentista Sr. Garcia Llorente, ha decidido destinar á beneficio de los inutilizados del ejército de Africa, el importe total de los honorarios que percibe en dos horas de la consulta que tiene en su casa los domingos. Los rasgos de esta naturaleza se repiten á centenares, en la actualidad.

A un periodico inglés. Un periódico médico inglés, cuyo nombre no interesa á nuestros lectores, ha conseguido averiguar algo de lo que pasa por España, y este algo ha sido la noticia del donativo de una caja de instrumentos de amputaciones, que la redaccion de *La España médica* ha ofrecido al oficial de sanidad militar que practicase en Africa, y sobre el campo de batalla ó en los hospitales de ambulancia, la primera ligadura arterial ó amputacion de un miembro; ofrecimiento que por cierto no se ha realizado todavia, por no haberse recibido la nota oficial del nombre del profesor que se encuentra en este caso. El periódico inglés toma punto de apoyo en esta noticia, para derramar cómicas lágrimas sobre las piernas de nuestros soldados, *sacrificadas con objeto de obtener* el tal donativo.

A juzgar por los piadosos temores del periódico inglés, nuestro pequeño ofrecimiento no se hubiera podido hacer impunemente en aquel pais; en donde por lo visto hay ocurrencias industriosisimas, desconocidas por fortuna en España.

Goma y Caoutchouc. Recomendamos la lectura del catálogo de los objetos de goma y caoutchouc que existen en los surtidos y elegantes establecimientos, que de esta especialidad tiene en la corte su propietario D. José Dominguez, entre cuyos efectos se hallan no pocos objetos é instrumentos auxiliares de la cirugía, como candelillas, sondas, pesarios, bragueros, suspensorios, pezoneras, biberones, gorros para nieve etc., etc., todo de la mejor clase y á precios módicos, consumiendo por mayor, pues su laborioso y entendido dueño hace diversos viajes todos los años al extranjero á fin de surtir su establecimiento de lo mejor y mas moderno.

Destinos. Los oficiales de sanidad militar, señores Diaz Benito y Hernando, han sido destina-

dos á Algeciras. Tambien salen de Madrid para el litoral ó Africa, el primer ayudante de alabarderos y uno de los profesores de ingenieros. Falta personal y la ley de sanidad militar no se sanciona. Muy bien.

Erratas. En el número 217, aparecieron las siguientes: en la pág. 63, col. 3.ª línea 63, donde dice: «*racionales*, antes comparaba ese hemostático al bálsamo de Fierabrás, ahora le llama racional (¿si tambien) etc. debe decir: «*racionales* (antes comparaba ese hemostático al bálsamo de Fierabrás, ahora le llama racional, ¿si tambien) etc.

En la pág. 64, col. 1.ª, línea 16, donde dice: *habria*, léase *habia*.

VACANTES.

La de médico-cirujano de Malagon, provincia de Cuenca, su dotacion 4,000 rs. por la asistencia á los enfermos pobres y además las iguales. Solicitudes hasta el 15 de febrero.

—La médico-cirujano de Barrios de Salas, partido judicial de Ponferrada, dotacion 8,000 rs., por trimestres adelantados. Solicitudes hasta el 22 de febrero.

—La de médico-cirujano de Moraleja, provincia de Cáceres; su dotacion 4,000 rs. pagados de fondos municipales, y las iguales con los vecinos, cuyo importe asciende á 7,000 rs. que se dan cobrados al profesor. Las solicitudes hasta el 20 del corriente.

—El partido de médico-cirujano de Sangarcía, provincia de Segovia; vacante por renuncia del que la obtenia. Su dotacion es la de 9,000 reales, pagaderos por trimestres, y 20 por cada parto. Ha de proveerse esta plaza el dia 1.º de marzo próximo, bajo el pliego de condiciones que tiene formado el ayuntamiento y lo que convenga con el que fuere agraciado. Las solicitudes al presidente de dicha corporacion.

—La de cirujano de Poblacion de Cerrato, provincia de Palencia, por renuncia del que la obtenia: su dotacion tres cuartos de trigo y 16 rs. por cada uno de los 76 vecinos que hay en el pueblo. Las solicitudes hasta el 15 de febrero.

NAVALAGAMELLA DEL ESCORIAL (Madrid). Médico-cirujano: dotacion 2920 rs. pagados de fondos municipales y 20 rs. diarios. Solicitudes hasta 30 del corriente.

BENAMARGOZA (Málaga). Médico-cirujano: dotacion 2200 rs.: solicitudes hasta 30 del corriente.

ESCALONILLA (Toledo). Médico-cirujano: dotacion 8000 rs.: solicitudes hasta 12 de febrero.

CABEZAMESADA (Toledo). Médico: dotacion 6000 rs.: solicitudes hasta el 7 de febrero.

VILLANUEVA DE LAS TORRES. Médico-cirujano: dotacion 8,000 rs.: solicitudes hasta 26 de febrero.

MÉNTRIDA (Toledo). Médico-cirujano: dotacion 8000 reales: solicitudes hasta 15 de febrero.

—La de cirujano de Berzosa y un anejo, provincia de Burgos; su dotacion 135 fanegas de trigo á la casa. Las solicitudes documentadas hasta el 28 del corriente

—En la ciudad de Velez-Málaga, de 5,000 vecinos, con muchos pueblos limítrofes, se vende

por convenir á su dueño trasladarse á otro punto, una botica de construccion y botámen al gusto del dia, que tiene de despacho anual de 14 á 16,000 rs. con una contrata pagadera en setiembre, en fruto de pasa que asciende el mínimo de su valor á 2,000 rs. Exige su dueño 12,000 rs. al contado ó á plazos en los términos siguientes: 7,000 al principio, 3,500 en setiembre de este año y 3,500 restantes en el próximo setiembre de 1864.—La persona que quiera adquirirla se entenderá con su dueño D. Ramon Bazaga hasta el 20 de febrero.

Por todo lo no firmado, MANUEL L. ZAMBRANO.

ANUNCIOS BIBLIOGRÁFICOS.

Annales de chimie et de physique, par MM. Chevreul, Dumas, Pelouze, Boussingault, Regnault, de Senarmont, avec une revue des travaux de chimie et de physique publiés á l'étranger, par MM. Wurtz et Verdet. 3^e série. T. 57. 1859. In-8.º, 516 p. Paris, imp. Mallet-Bachelier; lib. Victor Masson.

Les Annales paraissent le 1.º de chaque mois, et forment par an 3 vol. in-8.º, avec planches gravées. L'abonnement ne se fait que l'année entière. Paris, 30 fr.; départements, 34.

—Art (?) médical journal de médecine générale et de médecine pratique. T. 10. 1859. (2.º semestre). In-8.º, 484 p. Paris, impr. Morris et Ce; lib. J. B. Bailliére et fils.

Paraît le 1.º de chaque mois, par cahiers de cinq feuilles, formant par année 2 vol. Prix annuel, Paris, 19 fr.; départements, 18 fr. Les tables des 10 vol. seront distribuées en janvier 1860.

BATIGNE.—Des sources d'indication de la fièvre rémittente; par Edmon Batigne, docteur en médecine, etc. In-8.º, 155 p. Montpellier, imp. et lib. Martel.

—Bulletins de la Société anatomique de Paris, Anatomie normale.—Anatomie pathologique.—Clinique 33^e année. 1858. 2^e série. T. 3, rédigée par le docteur Gallard, secrétaire. In-8.º, xi 530 p. Paris, imp. Martinet; lib. Victor Masson. (1858.)

Les bulletins sont publiés par cahiers bimensuels et forment un volume chaque année. La première série, publiée de 1826 á 1855, forme 30 volumes. Prix 156 fr.

—Journal de médecine et de chirurgie pratiques á l'usage des médecins praticiens. T. 30. In-8.º, 580 p. Paris, imp. Lahure et Ce; 8, rue d'Anjou Dauphine. 10 fr.

LABELONYE.—De la digitale et du meilleur mode d'emploi de cette plante; par Labelonye, pharmacien. In-8.º, 16 p. Paris, impr. Guillois; librairie Labé.

MELIER.—Discours prononcé par M. Melier, président de la Société d'hydrologie médicale de Paris dan la séance d'ouverture de la session de 1859-1860. In-8.º, 20 p. Paris, impr. Martinet; lib. Germer Bailliére.

MOYNIER.—Compte rendu des faits de diphthérie observés dans le service de M. le professeur Trousseau, pendant le premier semestre de l'année 1859; par M. le docteur Eug. Moynier, chef de clinique á l'Hotel-Dieu. In-8.º, 80 p. Paris, imprimerie Plon.

Extrait de la Gazette des hopitaux.
SCELLES DE MONTDESERT.—Essai de philosophie médicale, par Octave Scelles de Montdesert, docteur en médecine de la Faculté de Paris. In-4.º, 51 p. Paris, impr. Rignoux; lib. A. Cocoz. Prix 2 fr. 25 c.

Editor responsable, D. PABLO LEON Y LUQUE.

Imprenta, de Manuel Alvarez, Espada, 6.